

JORGE CARLOS TRAININI - JESÚS HERREROS

EL EXPLORADOR DEL CORAZÓN

Editorial Biblos

Trainini, Jorge Carlos
El explorador del corazón: biografía de Francisco Torrent-Guasp /
Jorge Carlos Trainini; Jesús Herreros. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de
Buenos Aires: Biblos, 2019.
147 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-987-691-723-0

1. Biografía. 2. Medicina. 3. Cardiología. I. Herreros, Jesús. II. Título.
CDD 920.71

Diseño de tapa: Luciano Tirabassi
Armado: Silvina Varela
Retoque fotográfico: Ricardo Farías

© Jorge Carlos Trainini, 2019

© Herederos de Jesús Herreros, 2019

© Editorial Biblos, 2019

Pasaje José M. Giuffra 318, C1064ADD Buenos Aires
editorialbiblos@editorialbiblos.com / www.editorialbiblos.com.ar

Hecho el depósito que dispone la ley 11.723

Impreso en la Argentina

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Esta primera edición fue impresa en Imprenta Dorrego,
avenida Dorrego 1102, Buenos Aires, República Argentina,
en marzo de 2019.

• • • • •

*Siempre pensó que lo suyo era trascendente y
que después de desaparecido se le iba a otorgar
a sus investigaciones el valor que tenían.*

Aún no era tiempo.

FRANCISCO TORRENT (HIJO)

• • • • •

Índice

| | |
|--|-----------|
| Torrent-Guasp, el perseguidor de ideas <i>por Juan Cosín-Aguilar</i> | 11 |
| Torrent-Guasp, el premio Nobel que no fue <i>por Jorge A. Lowenstein</i> | 15 |
| Desde una tasca de Valencia en junio de 2010 <i>por Jorge Carlos Trainini</i> | 19 |
| El explorador del corazón | 25 |
| 1. En esa tarde por la calle Fonseca de Salamanca | 27 |
| 2. La huida desde Estados Unidos | 39 |
| 3. El origen que nunca abandonó | 47 |
| 4. La cena en Londres | 67 |
| 5. Epístolas | 75 |
| 6. Denia | 85 |
| 7. La conferencia ansiada | 103 |
| 8. El artista | 109 |
| 9. Francisco, un hombre del Renacimiento | 121 |
| Epílogo. El explorador del corazón | 143 |

Torrent-Guasp, el perseguidor de ideas

Juan Cosín-Aguilar

Conocí en persona a Francisco “Paco” Torrent-Guasp en el hotel Astoria de Valencia en la década de 1970. Ocurrió que el editor de la *Revista Española de Cardiología*, el doctor Pérez-Gómez, con el que había coincidido en el Servicio de Cardiología del profesor Pedro Zarco del hospital San Carlos de Madrid, me pidió que le ayudase a convocar a una reunión con un médico de la ciudad de Denia ya que tenía un inconveniente: el artículo que pretendía publicar era, además de heterodoxo, demasiado extenso y no se ajustaba a las normas de publicación de la revista. Se acordó dividirlo en varias partes que fueron incluidas en números sucesivos como “colaboración especial”.

Torrent-Guasp parecía tener una confianza ilimitada en las ideas que había desarrollado. Exigía un gran respeto para una ciencia de contenido dudoso y se mostraba orgulloso de su aportación a la revista. Leí con distancia intelectual su descripción de la anatomía cardíaca, lo vi como una ocurrencia. Reconozco que yo era un joven cardiólogo clínico nada experto en anatomía y poco en fisiología. Mi criterio estaba en formación en todo aquello que no fuera electrofisiología.

Reconocí el genio de Paco Torrent cuando leí que Daniel Denison Streeter en el *Handbook of Physiology* utilizaba la descripción, las preparaciones anatómicas y los dibujos de Paco para desarrollar la anatomía del corazón. Obviamente había juzgado a la ligera a aquella persona y a sus ideas.

Bajo el patrocinio de la Sociedad Valenciana de Cardiología organizamos el Congreso de Alicante, donde observé cómo anatomistas, fisiólogos, matemáticos y físicos de las mejores universidades de Estados Unidos, de Europa Central y de Nueva Zelanda admiraban la inteligencia de Paco y apoyaban el modelo fisiológico propuesto por él. Los cálculos matemáticos y físicos realizados basándose en dicho modelo permitían comprender por primera vez la eficacia de la bomba cardíaca.

En sus últimos años tuvimos la inmensa fortuna de colaborar con Paco en el Centro de Investigación del hospital La Fe de Valencia. Dos o tres veces al mes compartía con nosotros sus conocimientos. Como fruto de esa cooperación, se desarrolló una línea de investigación para identificar el orden de contracción dentro de la banda, en corazones porcinos *in situ*. Implantábamos pares de microcristales ultrasónicos a lo largo del miocardio. Torrent nos ayudaba a localizar las zonas de implantación y a interpretar los resultados.

La última serie experimental demostró cómo la contracción del último segmento de la banda era la responsable del efecto de succión que realizaba el ventrículo izquierdo en la protodiástole, tal como él predijo desde sus primeras disecciones en Salamanca. Estos resultados fueron publicados en la *Revista Española de Cardiología* y por ello fue reconocido con el premio al mejor artículo de investigación editado en el año. Desgraciadamente, en la lista de autores el nombre de Paco ya iba seguido por una cruz.

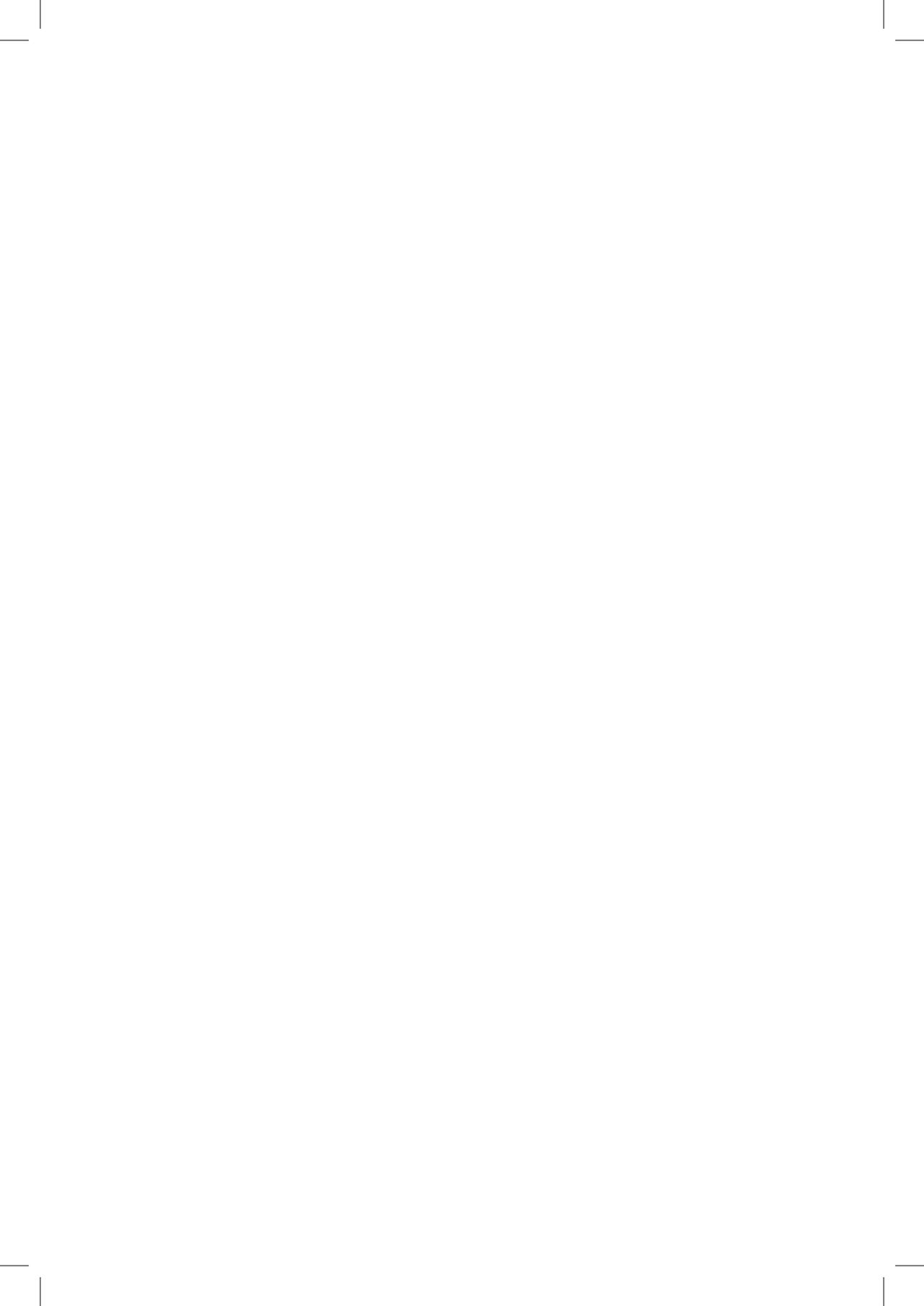
Reconozco que uno de los méritos que he podido tener en mi vida ha sido el de conocer a Paco Torrent. De ello me siento orgulloso y doy gracias a Dios por haberme permitido disfrutar de su amistad y confianza. Francisco Torrent-Guasp fue un hombre digno y honesto con una gran confianza en su capacidad cognitiva. Su genial imaginación le permitió “ver” la dinámica cardíaca; su capacidad de concentración y habilidad le permitían dibujar y reconstruir los mecanismos explicativos del movimiento de las fibras del miocardio para que los demás pudiéramos participar de lo que él “veía”.

Paco Torrent no esperaba que las investigaciones fueran aceptadas; él conocía cómo eran las cosas y esperaba que los demás le creyéramos. Fue un perseguidor de ideas, nunca perdía un rastro, todo lo que aparecía en su camino era utilizado y podía convertirse en apoyo a su causa. Trabajó solo y colaboró con todos; el que quería podía seguirle. Siempre se prestó a incorporar a nuevos investigadores a sus ideas. La vida le hizo ser desconfiado ya que encontró mucha gente que se aprovechó de sus proyectos, que no lo respetó y también que lo traicionó. Durante mucho tiempo la mayoría de los cardiólogos españoles le trataron con la indiferencia. Era muy franco y reconocía muy bien a los que no eran amigos suyos, a quienes sufría estoicamente. Aquí debo recordar la incapacidad de juicio y estrechez de miras que se cometió al no concederle el premio Jaime I de Valencia para el que había sido propuesto. Sus ideas llegaron a todo el mundo porque él las divulgó por encima de barreras geográficas, idiomáticas y económicas.

La voluntad de Paco Torrent se encontró siempre apoyada por su familia, con su esposa a la cabeza. En este caso se cumple el aforismo “detrás de un gran hombre hay siempre una gran mujer”. Teresa siempre estuvo con él. Sus hijos siempre han reconocido el genio de su padre. Paco nunca dejó de atender adecuadamente a su familia sin dejar de ser el misionero que fue de sus ideas.

Conocí a Jorge Trainini una noche de verano en una cena en Valencia con Jesús Herreros y Eduardo Otero. Trainini mostró una ansiedad sin límites por conocer todo lo que yo pudiera contarle sobre las ideas y la persona de Paco. Además de investigar sobre la banda muscular, nos ha sorprendido con esta biografía tan completa de Paco. El origen de muchos de los datos biográficos creo tenemos que agradecerse al mejor hijo que cualquier padre desea tener, a Paco Torrent junior.

Valencia, 2018



Torrent-Guasp, el premio Nobel que no fue

Jorge A. Lowenstein

Es un gran honor poder expresar mi admiración por todo lo que los autores han aportado a nuestro medio y la enorme satisfacción de prologar un libro que relata la vida y obra de Francisco Torrent-Guasp. Lamentablemente, el doctor Jesús Herreros, quien durante su vida alcanzó asombrosas conquistas médicas, falleció recientemente, por lo que no pudo ver cristalizado este texto. Amigo entrañable de Jorge Trainini, lo acompañó siempre en todos sus proyectos. Juntos reconstruyeron en Alicante cada una de las etapas de la vida de Torrent-Guasp, la que puede finalmente llegar a los lectores.

Puede imaginarse el resultado logrado cuando estos dos cardiocirujanos universales, Jesús Herreros y Jorge Trainini, escriben la historia de otro polímata como fue Francisco Torrent-Guasp; novorrenacentistas que fueron incomprendidos en la mayoría de sus aportes a la cardiología. Se unen en este texto grandes personajes, apóstoles de Leonardo da Vinci, modelo indiscutible de la curiosidad humana, donde Jorge y Jesús nos pintan con palabras el profundo amor por el conocimiento y la investigación, en la ciencia y el arte, que marcó la vida del gran Paco.

La vida es una espiral si pensamos que en la naturaleza una y otra vez se repiten los mismos patrones, desde los más pequeños caracoles a las más gigantescas galaxias. El corazón no es ajeno a esta característica y Torrent-Guasp logró desenrollar esta doble espiral macroscópica. Nos convenció de que su extraordinaria eficiencia está dada por la disposición

espiralada de sus fibras. Igual como se complementan la doble hélice del ADN, la inteligencia y la emoción, en este libro se integran el principal protagonista de esta obra y sus biógrafos.

Conocí a los autores de este libro por sus aportes quirúrgicos realizados en la Argentina y España sobre la miocardioplastía dinámica, por las publicaciones sobre varias técnicas innovadoras de remodelación en cardiocirugía y por sus trabajos con células madre para regenerar el corazón. En los últimos años a Jorge lo traté más de cerca cuando acompañaba a cada unos de sus pacientes a realizarse un ecocardiograma Doppler, muchos de ellos con un resincronizador colocado en el hospital Presidente Perón de Avellaneda, provincia de Buenos Aires, según la técnica de Jurdham, como asimismo en nuestras extensas reuniones semanales como directores asociados en la *Revista Argentina de Cardiología*. En estos contactos conocí su pensamiento humanístico, que es el de un verdadero filósofo y poeta. Pero Jorge es fundamentalmente un apasionado del estudio de la unidad anátomo-funcional del corazón.

Nosotros estábamos convencidos de que Francisco Torrent-Guasp era un genio, un librepensador incomprendido en su tiempo; por lo tanto, Jorge Trainini se dedicó en estos últimos años a confirmar, con sus propias manos, mediante múltiples disecciones cardíacas que la banda muscular única no era un mito. Además, en pruebas concluyentes, confirmó que la protodiástole cardíaca o fase isovolumétrica es un mecanismo activo con presiones negativas que permiten el lleno ventricular por contracción de las fibras ascendentes espiraladas de la lazada apical, tal como pensaba el ilustre Paco Torrent.

Humilde como pocos, Jorge jamás nos mencionó que tenía publicados más de trescientos trabajos científicos y que recibió todos los premios que se puedan imaginar. Lo importante para él no fueron los galardones sino comprender el mecanismo de contracción y relajación miocárdica expresados en su libro *Fundamentos de la nueva mecánica cardíaca*, publicado en 2015, en el que yo pude colaborar con la comprensión de la ecocardiografía en la fisiología del corazón como bomba de succión. En

dicho texto se describe un recorrido del estímulo eléctrico agregado al movimiento descrito por Torrent-Guasp. En él se explica que la fase de torsión del corazón se produce por el movimiento de rotación contrapuesto de la base y del ápex. El estudio de la torsión cardíaca se realiza frecuentemente en los laboratorios de imágenes cardíacas, por lo que hace más de quince años que en diferentes cursos explicamos, inspirados en la teoría de Torrent-Guasp, la relación entre el comportamiento de la disposición helicoidal de las fibras miocárdicas y el estudio de la función con las nuevas técnicas de *strain*.

El doctor Vicente Mora Llabata, jefe de cardiología del hospital Peset de Valencia, accedió a estos estudios y comenzamos a trabajar juntos, con los aportes de Jorge Trainini. Esta comunión de ideas permitió publicar investigaciones que revalidan el complicado mecanismo de la contracción y relajación miocárdica descrito por Francisco Torrent-Guasp.

No tuve la posibilidad de conocer personalmente a Paco Torrent, pero en 2017, gracias a Mora Llabata, fui invitado a su magnífica residencia en Denia y a conocer a su familia, hecho que me permitió el acceso por varias horas al laboratorio que se conservaba tal cual lo dejara en 2005.

Los autores relatan en este libro con una brillantez poética sublime las características de la vivienda que él mismo diseñó, las cualidades de su amada esposa Teresa y la admiración que le tienen sus hijos y allegados. Fue una maravillosa experiencia respirar la atmósfera de su hogar, leer sus manuscritos, admirar sus dibujos y los modelos de sus experimentos, sus esculturas y sus pinturas, entorno que Jorge Trainini y Jesús Herreros han vivido mucho más intensamente para expresarlo con el respeto, la sensibilidad ética y la maestría que les reconocemos.

En estas páginas los lectores encontrarán numerosas reflexiones que nos permiten entender cómo los biógrafos y el personaje central de esta obra se mimetizan en lo que es la verdadera esencia de la vida, la búsqueda de la verdad, con una producción creativa, sin ningún tipo de condicionamiento. Los tres pueden ser considerados exploradores del corazón. El gran anatómo-patólogo tuvo cientos de corazones detenidos

en su mano y, mientras los desenrollaba, intentaba descifrar sus misterios; los dos cardiocirujanos dedicaron gran parte de su vida a remodelarlo con novedosas técnicas quirúrgicas. Los tres científicos comprendieron que la ciencia aislada es fría y reduccionista; el arte es pasión sin la cual la vida solo sería un triste acontecer, por lo tanto dedicaron sus vidas al enlace de ambos mundos.

La vida y la obra de Torrent-Guasp son apasionantes, y no menos las de los autores de este libro. Lamentablemente Jesús Herreros nos dejó un gran vacío, pero Jorge Trainini continúa con investigaciones que permiten fortalecer y aun ampliar sus teorías, en un póstumo homenaje a Torrent-Guasp, el premio Nobel que no fue. Ellos han decidido finalmente dar a conocer, en una magistral narración, los momentos más importantes de la existencia de Paco Torrent con un legado que ningún cardiólogo del mundo debería dejar de reconocer.

Buenos Aires, 2019

Desde una tasca de Valencia en junio de 2010

Jorge Carlos Trainini

El discípulo encogió levemente los hombros al recordar la pregunta que se hacía Francisco Torrent-Guasp: “Sabén...”, nos dijo, enfrentándonos con sus ojos claros mientras revolvió lentamente el café, “la tesis de Paco partió de una duda clave”.

Juan Cosín-Aguilar, el interlocutor y fiel amigo de la persona que intentábamos desentrañar, tenía para nosotros en esa noche cálida de Valencia una fascinación sorprendente. Nadie había estado tan cerca de aquella “duda” del maestro en los años esenciales del desarrollo de una hipótesis diferente sobre el funcionamiento del corazón.

–¿Cuál era la duda? –querimos al unísono, de manera impertinente por la fuerza impulsiva de la ansiedad que teníamos.

Un clamor externo se filtraba por todas las hendidias de la taberna embanderada con pañoletas rojas y amarillas en ese día festivo. Hasta los más frívolos se habían contagiado del jolgorio. En un momento en que el entusiasmo se tomó un respiro, fue delineando la respuesta guardada en la memoria.

–Hombre –me decía Paco–, la sangre no vuelve al corazón por *vis a tergo* o la diferencia de presión periférica con el corazón. Esta es pequeña. El desnivel que la retorna es la aspiración ventricular.

A esta aseveración yo contestaba con otra:

–¿Entonces el corazón es una bomba de succión? En ese momento Paco transformaba su timidez en una candela. Se encendía.

–Mira, Juan, todas las disecciones hechas en animales y humanos explican claramente esta posibilidad. El corazón es una estructura conformada por una gran banda muscular que comienza en la inserción de la arteria pulmonar y termina a nivel de la aorta, formando una doble hélice que limita los ventrículos. Las dos cámaras ventriculares que envuelven la gran banda muscular son la izquierda, de conformación elipsoide, y la derecha, de estructura semilunar. Pues bien, la contracción de esta banda explica no solo la sístole del corazón, sino también la succión de la sangre.

Jesús Herreros, Eduardo Otero Coto, Salvador Mercé y su padre Mercé Vives, los otros participantes del encuentro, contemplaron azorados cómo yo, Jorge Trainini, arremetía en la memoria del discípulo intentando exhumar esa magia que tiene en él la figura de Francisco Torrent-Guasp.

–Cosín... ¡debió ser Torrent un hombre especial! Creo vislumbrar que trabajó en el anonimato, lejos del ruido mediático que suelen establecer los avances en nuestra profesión. ¿Cuál era su temple?

Luego de una pausa ante el griterío de “¡Viva España!” y sin disimular su condición sensitiva de nativo me respondió:

–Paco era un hombre que vivía libre, dueño de su tiempo y de sus ideas. Para conocerle tenías que desprenderte de los prejuicios. Estaba desprovisto de la necesidad de ingresar a una carrera de honores.

–Si eres libre, morirás solo –atiné a interrumpir.

–Algo de eso hubo en su reconocimiento. Era culto, lúcido, curioso, imaginativo, espontáneo, inconformista, contestatario, entusiasta, comprometido. Desde 1953, siendo aún estudiante, se entregó al estudio fisioestructural de la mecánica cardíaca. Había nacido para cambiar el conocimiento del corazón. Creo que el resto de su vida fue un agregado a esa pasión. Era un trabajador anónimo e inmenso. Tenía una mente artística. Le gustaba la pintura y hasta llegó a exponer en París. Quizá esto te explique su forma de ser. Tuvo idea y acción. Le faltó la dialéctica.

–Juan, me lo figuro con la característica de un desobediente. La dialéctica, imprescindible para el reconocimiento, no suele ser valorada con exactitud por los hombres que son pioneros.

El entrevistado observó asintiendo ligeramente con la inclinación de su cabeza. Luego añadió casi resignado:

–Sobre todo con el avance informático actual, el espacio que no ocupas es rápidamente usurpado.

Reafirmé las palabras del discípulo:

–Juan, siempre consideré que la personalidad tiene mucho que ver con el éxito. La autocrítica extrema conspira contra este. Tengo la sensibilidad para entender que el trabajo casi callado de Torrent-Guasp todavía necesita del recordatorio póstumo.

–Sin embargo, en los últimos años tuvo algunos homenajes y reconocimientos. Su idea de la gran banda muscular miocárdica aún requiere ciertas exploraciones en otros campos como la electrofisiología.

La velada se extendió largamente en otras conversaciones, pero se volvió sobre el tema... Afuera, el júbilo se extendía sin formas ni límites. Entonces pregunté:

–Cosín, ¿quizá en Torrent esa invitación para una conferencia que tanto ambicionaba en el ámbito de la electrofisiología haya sido una mueca más del ultraje del destino hacia los hombres?

Se percibía en el ambiente que todos permanecían estacionados en las propias impresiones. El silencio era un tiempo detenido a la espera de la afectuosa reminiscencia del discípulo. Dirigían la mirada hacia Cosín, quien se acomodó ligeramente dando tiempo a que la palabra no se impregnara con la emoción. Los vasos y los pocillos parecían suspendidos en el espacio, al arbitrio de hacerlos regresar desde algún hechizo. Tosió suavemente para aclarar su voz anudada, quizá para desviar alguna lágrima.

–Paco estaba feliz con la invitación para la reunión de electrofisiología. Siempre había ansiado hablar con los cardiólogos para explicar que la contracción del corazón empezaba en el tracto de salida del ventrículo derecho y terminaba en el ápex izquierdo. Así que partió a Madrid a pesar de que llevaba semanas en una silla de ruedas. Corría el 25 de febrero de 2005. Murió apenas finalizó su última conferencia.

Nos alejamos a medianoche del encuentro. Los últimos festejos se esfumaban por las calles de una ciudad luminosa. Los edificios de muros áureos parecían espejos de un laberinto que intentábamos resolver pensando en ese pueblo, en ese altillo, en esos proyectos que había desarrollado Francisco Torrent-Guasp, indiferente y alejado del clamor que suele bendecir la comunidad médica.

Cuando regresé a Buenos Aires llevaba en la memoria esas palabras de Juan Cosín con relación a la hipótesis de Torrent-Guasp: “Su idea de la banda miocárdica todavía requiere ciertas exploraciones en otros campos como la electrofisiología”. Conformé junto con Benjamín Elencwajg, Néstor López Cabanillas, Noemí Lago, Alejandro Trainini, Jorge Lowenstein –en Buenos Aires– y Jesús Herreros –en España– un grupo de trabajo. Pudo articularse un proyecto de investigación humana que no vulnerara la ética. Se examinó la bibliografía con minuciosidad y se barajaron distintas propuestas para lograr la comprobación electrofisiológica. El reciente advenimiento de los sistemas de navegación y mapeo cardíaco tridimensional endo y epicárdico brindó el instrumento idóneo. Luego se fueron cumpliendo los pasos en la investigación obligados por la ciencia. Futuras indagaciones contribuirán a mejorar y confirmar todos estos aspectos desarrollados hasta el momento.

Siempre creímos con Jesús Herreros que se debía realizar una biografía de Francisco Torrent-Guasp. No solo por su honor, sino para hacer conocer su labor a los médicos, a los investigadores, y también a aquellos que, aunque lejos de la profesión, tienen sensibilidad por la fuerza creativa humana. Como había sucedido en Valencia (2010) con la reunión con Juan Cosín; por obra otra vez de Jesús Herreros en junio de 2017 pudimos apersonarnos en Denia y pasar varios días en el lugar de investigación, la casa de Francisco. Allí, ante una hospitalidad absoluta imposible de ser adjetivada sin caer en deuda, la familia Torrent nos permitió levantar los datos necesarios para estructurar esta biografía y acompañarnos en un recorrido por Vall de Laguart, Ondara, Gata de Gorgos, Fontilles, Benisa, hasta volver a Denia. Sitios, todos estos, donde Francisco desarrolló

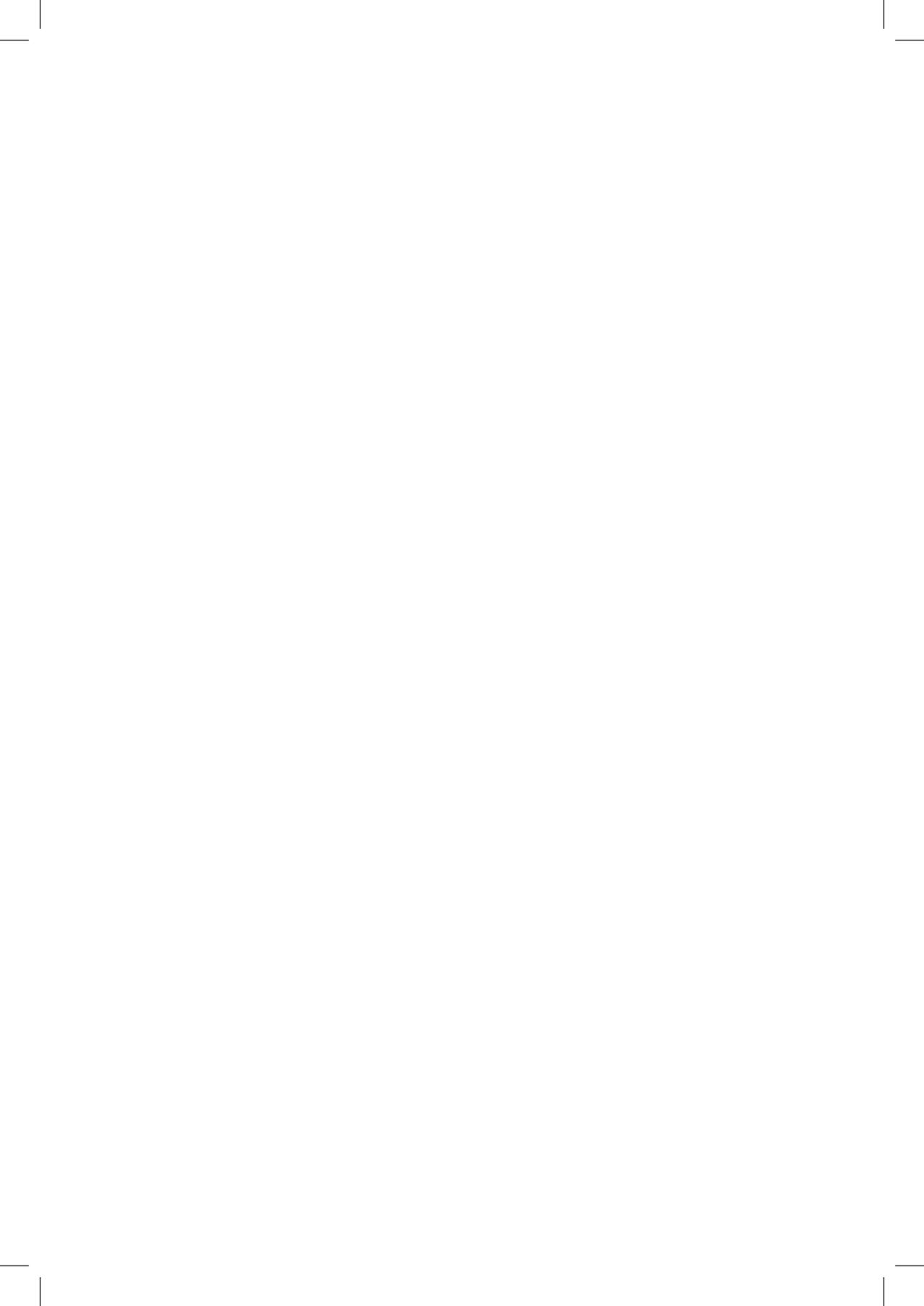
su tarea de médico, investigador y artista. De regreso a Buenos Aires, la biografía se construyó de inmediato. Solo quedó a la espera la posibilidad de su publicación. En esta estación, entre esperanza y expectativa, sucedió la imprevista partida de Jesús Herreros en un día que no parece ser cierto, el 10 de septiembre de 2018. De pronto, toda la imaginación humana se estrellaba contra la realidad existencial, la que arroja la vida a la muerte. Y aquí las palabras se declaran un fraude de la emoción. No pueden nunca cincelar lo que es la conciencia del hombre en sus atributos del afecto, del espíritu, del alma.

El trabajo fecundo y solidario del doctor Jorge Lowenstein y del editor Javier Riera de pronto le insufló el ánimo suficiente a una obra, que ahora no solo debía ejecutarse por la memoria de Francisco Torrent-Guasp y en su justicia, sino también por la de Jesús Herreros, empeñado en que viera la luz. Siempre hay un horizonte. Y en tránsito hacia él me queda ansiar que los sentidos aferrados a esta obra traduzcan con fidelidad la cíclopea tarea de Francisco Torrent-Guasp. De hecho, este fue siempre el desafío que tuvimos con Jesús Herreros. Si bien a mí me correspondió edificar el texto, el trabajo de Jesús fue ímprobo al ubicar todo el escenario histórico que exigía la memoria de Francisco Torrent-Guasp. Sin esa entrega esta biografía hubiese sido imposible de lograr.

Buenos Aires, 2019



Francisco Torrent-Guasp



1

En esa tarde por la calle
Fonseca de Salamanca

• • • • •

Caminaba por la calle Fonseca hacia la Facultad de Medicina de Salamanca con la lluvia zarandeada por torbellinos del viento. Apuraba su paso con cierto estremecimiento ante esa tarde desapacible en una ciudad que recién estaba conociendo en sus recovecos. Alumno del ciclo clínico de cuarto año, Francisco Torrent-Guasp había dejado Madrid para seguir al profesor de Anatomía Luis Gómez Oliveros, de quien era ayudante. Mientras el clima pertinaz del otoño le nublabla la vista, asimilaba que, de pronto, un hecho azaroso decide cosas inesperadas. Llegaba desde Madrid, de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense, a la que había ingresado en 1950. Poco después, el profesor Gómez Oliveros se fijó en la calidad del dibujo de Francisco, quien fue persuadido para que colaborara con la labor catedrática. Lo eligió entre tres aspirantes en el inicio de una relación que tomaría un giro sorprendente al transformarse oficialmente en ayudante de la cátedra de Anatomía.

Sucede que al finalizar Francisco el tercer curso de Medicina, Gómez Oliveros asumía en la Universidad de Salamanca la cátedra de Anatomía. Le pide a su joven ayudante Francisco que continúe con él, abandone Madrid y termine la carrera en dicho centro de estudios, en un reconocimiento a quien había tenido activa participación en sus oposiciones ganadas para obtener el cargo de titular de la cátedra al cooperar en la disección del nervio facial. En su vida esta mudanza implicaría el despertar de la pasión del joven estudiante por el corazón, del cual ya no se separaría

en la búsqueda de conocimiento real de su estructura y de su función. Es así como a fin de 1953 se instala en Salamanca como alumno interno de la cátedra de Anatomía. En ese lluvioso atardecer de noviembre esta contingencia tendría un episodio concreto en su vida, que aún Francisco ignoraba mientras se acercaba a la Facultad.

Ahora lo hallamos en una bifurcación hacia el pasado caminando por la calle Fonseca, castigado por una molesta ventisca al iniciarse su destino definitivo. Aconteció que al poco tiempo de haber llegado a Salamanca, Gómez Oliveros le pidió a Francisco una preparación en un corazón humano, para una demostración de aula que debía dictar el día siguiente. Era noviembre de 1953.

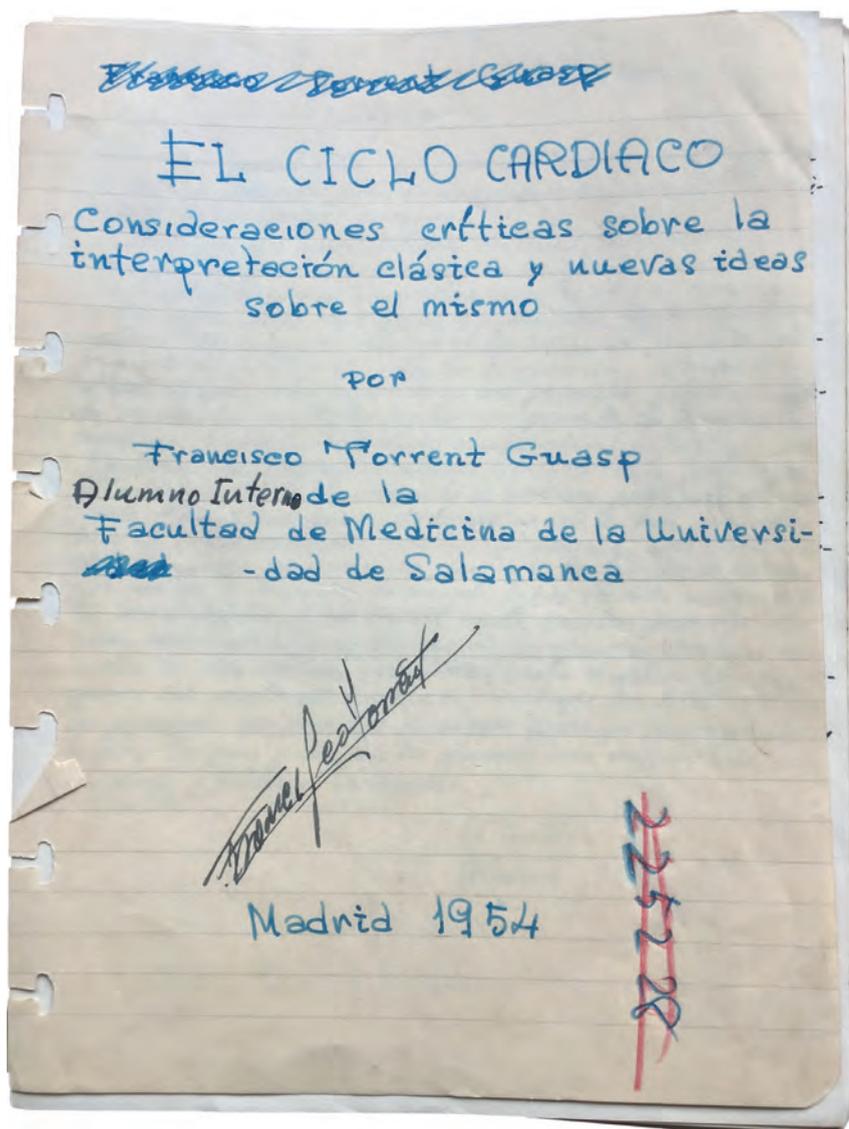
Me zambullí ese atardecer entre piezas anatómicas y cuerpos de la Facultad de Medicina, un viejo caserón de ciclópeas paredes, un tanto tétrico a esas horas finales del día. Extraje de un cadáver el corazón solicitado. Realicé un corte longitudinal a lo largo del borde izquierdo del órgano y quedó a la vista el interior de la cavidad ventricular. Esa masa cárnea atenazada por las manos tuvo la magia de transformar mi pensamiento sobre el órgano. Mentalmente inicié una inquisición de su funcionamiento. Me asaltó de inmediato diversidad de dudas sobre los conocimientos que me habían sido impartidos en los cursos previos. Multitud de posibilidades funcionales, distintas de las sugeridas por la interpretación clásica, se agolpaban en mi cabeza. Encontraba una incongruencia entre la contracción miocárdica y la función de la válvula mitral. Esta no se podía abrir en plena sístole de acuerdo con la enseñanza que se daba sobre la estimulación. Perdí noción del tiempo transcurrido en ese acontecer. Tras largas horas, ya de noche cerrada, quedé un tanto sorprendido al ser arrancado de mis elucubraciones por dos vibrantes campanadas del reloj de un campanario. Me despojé de la bata y los guantes. Salí sigilosamente de la sala

de disección y me dirigí a la puerta principal que encontré cerrada con llave. Afortunadamente el bedel vivía dentro de la misma Facultad, en una vivienda situada al lado de donde me encontraba. Los golpes propinados a la puerta consiguieron despertarle. Salió y empezó a lanzar estentóreos gritos, alarmado por provenir los ruidos de una sala de cuerpos anatómicos, advirtiéndome luego de entender la circunstancia de mi irresponsabilidad con todo tipo de reconvenciones, hasta que por último me abrió el portal. Regresé por la calle Fonseca acompañado del corazón, la soledad y los pensamientos que bullían en mi mente sobre la función cardíaca. Ya no llovía y el viento se había silenciado.¹

Ese episodio se constituyó para Francisco en una iluminación. Ya nunca más dejaría de penetrar en los secretos que aún guardaba el corazón. Abría un universo inexplorado, totalmente virgen, ignorado. Y él sería su explorador. En esos sitios cristianos los sacerdotes profetizaban la buena ventura de las campanadas, esas que lo habían advertido del éxtasis de una genialidad que no lo abandonaría en toda su vida.

A la mañana bien temprano estaba requiriendo al profesor Gómez Oliveros sobre las dudas que tenía respecto de lo que se enseñaba de la función del corazón. Este se encogió de hombros y susurró que evidentemente yo había indagado más que él. Ese fue el inicio de mi fiscalización sobre la anatomía y el funcionamiento cardíaco. Jamás renuncié a la pasión por esa investigación que se inició accidentalmente. Allí inicié la elaboración de El ciclo cardíaco, mi primer libro. (Imágenes 1 a 3)

1. Todas las citas de Francisco Torrent-Guasp provenientes de su archivo se transcriben en cursivas.



1. Manuscrito de *El ciclo cardíaco*.

8-8-25 (continuación)

PROLOGO

La idea fundamental del presente trabajo nos surgió en la sala de disección, cuando observamos las cavidades ventriculares de un corazón humano.

Dado que, por imposibilidad material, no hemos podido realizar las pruebas experimentales oportunas, nos hemos visto obligados (para comprobar nuestra idea) a recurrir a las experiencias realizadas y publicadas por los diversos autores. No crea sin embargo el lector que el presente trabajo puede ser catalogado entre los de revisión; solamente en el caso de que, como pensamos en un principio, fuera analizada una de las múltiples facetas que presenta la fisiología cardíaca, hubiéramos podido conferirle tal carácter.

Efectivamente, hubiese sido tarea relativamente fácil, recopilar lo que hasta el momento se hubiese publicado al respecto. Pero, sin embargo, dado que en este trabajo nos referimos al funcionamiento cardíaco en general, nos hemos sentido incapaces para revisar, dentro de los límites de tiempo que nos hemos impuesto, la ingente labor llevada a cabo por los investigadores, desde Servet hasta nuestros días. Por ello hemos recurrido a obras básicas de los grandes fisiólogos actuales: no nos interesa por ahora (hasta el día en que dispongamos del material adecuado) analizar los detalles sino los principios que aquellos fisiólogos tienen por fundamentales y sobre los que, junto con los clínicos, han erigido toda una Fisiología, Patología cardíacas.

El Autor
Madrid 1954

8-8-25

INDICE

CAPITULO I

LA MECANICA VENTRICULAR

| | |
|--|----|
| a) - El Papel de la presión venosa en la expansión ventricular | 1 |
| b) - La intervención de la contracción de las aurículas en la expansión ventricular | 4 |
| c) - La expansión ventricular | 6 |
| d) - Algunas consideraciones sobre la interpretación clásica de la expansión ventricular | 6 |
| e) - El antagonismo funcional | 8 |
| f) - El funcionamiento de los músculos papilares | 10 |
| g) - Anomalia ventricular | 14 |
| h) - El mecanismo íntimo de la expansión ventricular | 20 |
| i) - Fibrilación | 26 |

CAPITULO II

LA MECANICA AURICULAR — 33

CAPITULO III

RELACION ENTRE LAS PRESIONES VENTRICULAR Y AORTICA. CAUDAL CORONARIO — 37

| | |
|--|----|
| a) - Algunas consideraciones sobre la interpretación clásica de esta faceta del ciclo cardiaco | 37 |
| b) - La expulsión ventricular | 40 |
| c) - El caudal coronario | 48 |

3. Índice del manuscrito de *El ciclo cardíaco*.

Aquí cabe un punto de homenaje al profesor Luis Gómez Oliveros. Ante tamaña requisitoria de su alumno, que él no pudo explicar, se evadió de la vanidad que los hombres suelen tener. Al contrario, alentó al novel observador en su curiosidad, impulso que constituyó el inicio de la gran tarea de Torrent-Guasp, quien no se dedicó a demoler simplemente la teoría vigente, sino a reconstruirla. La crítica a una verdad establecida de la ciencia debe acercar una hipótesis creíble y demostrable. En esta acción Francisco ostentó la paciencia necesaria para ir hallando en los detalles mínimos el andamiaje de su teoría. No solo tuvo que solidificar su idea, sino que trabajó con recursos que se hallaban abandonados, al aquilatar una concepción de la observación científica que a partir de la década de 1980 las ideas dominantes de la posmodernidad comenzaron a excluir. Optó por mantenerse lejos de los círculos académicos y de las fuentes de poder, volcados progresivamente al beneficio del utilitarismo. Tampoco contó con métodos diagnósticos que en ese momento no existían, tales como la ecografía y la resonancia nuclear magnética. Estas posibilidades posteriormente avalarían los hallazgos para calificar a su tarea de una verdadera obra adelantada al tiempo. Indudablemente esa particularidad fue común en la historia de la ciencia. El talento del investigador ve un blanco que los demás no imaginan. Debemos aceptar que toda nuestra sabiduría, por más sistemas que se intenten establecer, son fragmentos que dejan la posibilidad de hallazgos impensados cuando nos excluimos del dogmatismo. Lo decía Arthur Rimbaud: “La pálida luz de las estrellas nos oculta el infinito”. Alfred Whitehead denunció con contundencia esta dificultad en la evolución de las ideas. Por eso expresaba: “En su plenitud, todo sistema es un éxito triunfal; en su decadencia, es un estorbo”.

En coincidencia con este pensamiento, un premio que se le concedió a Francisco en la ciudad de Ginebra hacia 1979 lleva el nombre de Miguel Servet. ¿Cómo podría imaginar este sabio español del Renacimiento que en su obra teológica *Christianismi restitutio* (1553), en un pequeño fragmento que describía la circulación pulmonar, encontraría el reconocimiento

histórico? Francisco Torrent-Guasp entendió en ese momento de claridad en Salamanca, siendo un alumno, que la trascendencia podía estar en el ocultamiento que aún ostentaba el corazón alzado en su mano. No podía profetizarlo al empezar a develar su mecanismo anátomo-funcional, pero el camino estaba inscripto en esa voluntad que poseía.

Francisco Torrent-Guasp fue estableciendo con excelentes dibujos, fruto de su capacidad artística, la anatomía desconocida del corazón, a tal punto que la cardióloga inglesa Jane Somerville lo apodó al conocerlo allá por 1970 “el Leonardo da Vinci del siglo XX”. El episodio vivido en la Facultad de Medicina de Salamanca remeda lo que le sucedió a Miguel Ángel en Florencia al introducirse una noche en una morgue para estudiar la anatomía muscular y las facciones en los rostros. Al quedar encerrado, debió esperar a la mañana siguiente para escapar del lugar y evitar ser condenado por profanar a los muertos, ya que se hallaba prohibida la autopsia por esos tiempos.

¿Cómo nació esa vocación de ser un explorador de un órgano mítico y estructurado desde hacía cuatro siglos por William Harvey en el lejano 1628? ¿Qué aconteció esa noche mientras Francisco caminaba por la calle Fonseca alejándose de la sala de anatomía en Salamanca? Ese volar de campanas que lo retiraron del éxtasis y lo pusieron en la reflexión para toda su vida ¿qué le estaban anunciando? Seguramente la aptitud que traía desde el nacimiento para el dibujo fue el puente imprescindible para llevar el corazón a investigaciones y a láminas anatómicas desconocidas. Allí, esas dos campanadas que levantaron vuelo desde la iglesia en las cercanías de la Facultad de Medicina anunciaron el destino de Francisco, ensimismado con la curiosidad del corazón. Ellas presagiaron al explorador de hábiles manos y aguda reflexión. No en vano mantuvo durante toda su vida una auténtica admiración por la naturaleza. Una actitud antidogmática lo guió desde entonces. Así pudo ir comprobando que cada sitio del corazón se hallaba integrado a una unidad funcional. Dijo en 2001: “Me llevó veinticinco años comprobar su anatomía y otros veinticinco, su función”. Su minuciosidad

hizo laborioso el trabajo. Y también exacto. Hoy pocas cosas podemos añadir a su investigación morfológica.

Ante ese cadáver sin nombre y sin sepultura, a altas horas de la noche, puesto ante su mirada, Francisco debió de haber sentido una profunda comunión con su propio ser. Pienso en el genial libro de Andrés Vesalio *De humani corporis fabrica* publicado en Basilea en 1543 con los dibujos realizados por Jan Stephan van Calcar (discípulo de Tiziano). En uno de esos dibujos un esqueleto examina a una calavera, queriendo representar el asombro de siempre por lo que somos y la necesidad de investigarnos a nosotros mismos. Me lo imagino a Francisco con el corazón en la mano interrogándose cómo realmente funcionaba ese misterio. Es más: creo firmemente que, volviendo esa madrugada por la calle Fonseca acompañado de la pieza anatómica, esa duda lo acompañaría por siempre para hacer de ella un auténtico investigador del corazón. Debió de pensar en la muerte para comprender el misterio de la vida y saber utilizar el asombro en la investigación interrogante, la llamada “idea a priori” de Claude Bernard o “hipótesis de trabajo” de Santiago Ramón y Cajal, quien reafirmaba: “La hipótesis constituye interrogación interpretativa de la naturaleza. Forma parte de la investigación misma, como que representa su fase inicial”.

A partir de este episodio se trazó un objetivo, el de terminar su carrera de médico lo antes posible. El estudio de las asignaturas que aún debía aprobar no le impidió continuar su reflexión sobre la función cardíaca. Con tal fin recopiló toda la información posible de la literatura. Un año después, siendo todavía estudiante, aparecía su monografía *El ciclo cardíaco* (Madrid, Espasa-Calpe, 1954). Como subtítulo rezaba *Consideraciones críticas sobre la interpretación clásica y nuevas ideas sobre el mismo*. El prólogo explicita el inicio del pensamiento sobre este tema que durante toda su vida investigó Francisco: “La idea fundamental del presente trabajo nos surgió en la sala de disección, cuando observamos las cavidades ventriculares de un corazón humano”. Lo notable de este escrito es que ya en su primera página establece Francisco, alumno aún

de Medicina, la propuesta que le marcaría el objetivo de toda la existencia: “El problema de la expansión de los ventrículos queda reducido a determinar si la repleción sanguínea de las cavidades ventriculares es la causa de su expansión o, por el contrario, una consecuencia de la misma. En el primer caso, el motor estaría representado por la presión reinante en las venas; en el segundo, por las paredes ventriculares, ya que al separarse producirían un efecto de vacío, responsable final del lleno ventricular”.

2

La huida desde Estados Unidos

• • • • •

Durante 1955, en el mes de junio, Francisco Torrent-Guasp obtiene el título de Licenciado en Medicina y Cirugía en la Universidad de Salamanca. No es frecuente que un joven médico de apenas veintitrés años tuviese no solo ya decidido su objetivo profesional desde el cuarto año de la carrera, sino que además poseyese los conocimientos fundamentales en la hipótesis por la cual trabajaría el resto de sus días. Además, había editado un libro revolucionario en sus conceptos como fue *El ciclo cardíaco*, que durante un año y medio estuvo expuesto en la vidriera de la librería Espasa-Calpe, situada en la Gran Vía de la capital española.

A sabiendas de los tiempos que siguieron, esas campanas de Salamanca durante la madrugada de noviembre de 1953 cuando Francisco quedó extasiado ante un corazón en sus manos, fueron mágicas, como rezaba la leyenda del antiguo ritual cristiano. Por eso eran bendecidas con esta plegaria:

Haced, Señor y Dios nuestro, que el sonido de esta campana sirva para llamar a los fieles al regazo de nuestra madre iglesia, y que expulse muy lejos las acechanzas de nuestros enemigos, el azote del granizo y la violencia de las tormentas; que vuestra todopoderosa mano reduzca al silencio a los huracanes; que tiemblen ante el sonido de esta campana y que huyan a la

vista de esta cruz grabada en su lateral. (*De antiquis Ecclesiarum ritibus*, t. III)

En 1956 Francisco establece relación con el ilustre intelectual doctor Pedro Laín Entralgo, autor de la *Historia universal de la medicina* en siete tomos, el cual le facilita una beca de la Sociedad de Autores y Publicaciones a través de la Banca Urquijo cuya sede central estaba situada en la confluencia de la Gran Vía y la calle de Alcalá, en Madrid. Esta ayuda le permite continuar sus disecciones del miocardio, investigaciones que cristalizarían en una segunda monografía denominada *Anatomía funcional del corazón*, publicada en Madrid en 1957 por la editorial Montalvo. Esta situación de ayuda económica se extendió durante un año. Al quedarse sin ella tuvo que replantearse el enfoque de sus actividades y ante la imposibilidad de ser aceptado en un centro de investigaciones en España, se incorporó por medio de la Asociación de Médicos Titulares un cargo en Blancos, pueblo de Orense. Sin embargo su vida tomaría un rumbo muy diferente, como continuación de aquellos sucesos producidos antes de su graduación.

Siendo aún alumno interno de la Facultad de Medicina en Salamanca un ejemplar de *El ciclo cardíaco* llegó, no se sabe de qué manera, a Estados Unidos. Es así que Gerhard A. Brecher, destacado científico en Estados Unidos de la Escuela de Wiggers y profesor asociado de Fisiología, quien en aquellos momentos era una reconocida autoridad en circulación venosa, le envía a Francisco Torrent-Guasp una carta en la que manifiesta: “Dr. Oscar W. Shadle from the Dept. of Physiology School of Medicine, University of Louisville, Kentucky, USA, told me recently about your highly interesting monograph entitled *El ciclo cardíaco*”. La sorpresiva nota recibida no sería la única referencia de Brecher al trabajo de investigación de Francisco.

Más tarde Brecher, en su libro *Venous Return* (Nueva York, Grune & Stratton, 1956), asentaría referencias sobre Torrent-Guasp, entre ellas:

La más reciente autoridad sobre la materia, Guasp [*El ciclo cardíaco*], desarrolla un buen trabajo (aunque no comprobado experimentalmente) sobre la existencia en el corazón de musculatura específica que activamente expande las cavidades ventriculares al principio de la diástole [...] En los 2300 años transcurridos entre Erasístrato y Guasp, las opiniones han cambiado.

Sin embargo, más tarde, en una carta enviada a Francisco el 9 de febrero de 1956 se mostraba escéptico respecto de la succión ventricular manifestando: “Se percatará usted de que es muy difícil establecer un prueba experimental que demuestre la existencia de una succión ventricular”. Luego se retracta de esta opinión en un editorial publicado en la revista *Circulation Research* en septiembre de 1956, titulado “Experimental evidence of ventricular diastolic suction”.

De resultas de estas circunstancias Gerhard Brecher lo invita a cursar un *fellow* sustentado por la Asociación Estadounidense del Corazón y el Servicio de Salud Pública en el Departamento de Fisiología y Farmacología, presidido por W.F. Hamilton acompañado por los investigadores Dow, Remington y Ahlquist, este último preconizador de los betabloqueantes con su descubrimiento de los receptores alfa y beta. La invitación fue cursada por Hamilton, profesor de Fisiología del hospital Eugene Talmadge de Augusta, Georgia, con fecha 5 de mayo de 1959. Es muy interesante lo que expresa Hamilton en un segmento de la mencionada carta: “We have decided to accept you as trainee in 1959-1960. We are not, however, equipped to further your morphological researches, nor to evaluate their true meaning. One of our current trainees has been making efforts to find negative transmural pressure gradients across the left ventricular wall in dogs who have recovered from the implantation of mitral snares and angiostomy cannulae. Such gradients do appear under special circumstances but are not of common occurrence. It is a very difficult problem technically and it may be best for you to work on one of simpler

design at first. However, a man's research is his own choice in this laboratory" ("Hemos decidido aceptarlo en carácter de *fellow* en 1959-1960. No estamos, sin embargo, preparados para promover sus investigaciones morfológicas, ni para evaluar su verdadero significado. Uno de nuestros actuales alumnos ha estado haciendo esfuerzos para encontrar gradientes negativos de presión transmural a través de la pared ventricular izquierda en perros que se han recuperado de la implantación de lazos en la mitral y cánulas de angioplastia. Tales gradientes aparecen bajo circunstancias especiales pero no son de ocurrencia común. Es un problema muy difícil técnicamente y puede ser mejor para usted poder trabajar en un diseño más simple en un primer momento. Sin embargo, la investigación es su propia elección en este laboratorio"). Esta nota suponía un escenario prometedor de investigación que al llegar a Estados Unidos se convertiría en una mueca de decepción ante el ofrecimiento con que se lo recibe, la que sería el inicio de una relación turbulenta y contradictoria que finalizó de una manera absolutamente impensada.

Hacia Estados Unidos parte Francisco. Al llegar se encuentra con un tema de trabajo que poco tiene que ver con sus investigaciones sobre el corazón. Se niega enfáticamente a la propuesta de Hamilton y se dispone regresar a España. Brecher intercede y se le conceden tres meses para que halle resultados de su idea de investigación cardiológica. Trabaja con denuedo. Antes de ese plazo obtiene resultados de fisiología referidos al origen de los ruidos cardíacos, la coincidencia de la incisura aórtica con el cierre de las válvulas sigmoideas y la cúspide de la curva de presión ventricular.

Con estos hallazgos de la investigación Francisco decide componer una monografía con el título *An Experimental Approach on Heart Dynamics* (1959). La decisión no fue del agrado de Hamilton, quien sostuvo la idea de publicar varios artículos independientes con todos los miembros del laboratorio experimental. Aquí sucede el conflicto, ya que Francisco se niega a ser el último de los autores de la futura publicación al considerar que lo investigado era fruto de su dedicación. Decide consultar a un

abogado para defender sus derechos, con tal adversidad azarosa que el letrado resultó ser el apoderado legal de Brecher, quien obviamente fue anoticiado con inmediatez del episodio. En la reunión que se gestó con Hamilton y Brecher, ambos se mostraron condescendientes ante el problema suscitado y le sugirieron que se tomara unas vacaciones, ya que lo observaban muy agotado por el trabajo realizado. Luego volverían a hablar para zanjar las diferencias. Francisco aceptó, pero sus intenciones eran absolutamente opuestas. En vez de pensar en el descanso, la siguiente noche retiró todas las pruebas de la investigación del laboratorio aprovechando que los empleados de seguridad del lugar conocían que se quedaba en su trabajo más allá del horario habitual, y con ellas partió a Nueva Jersey. Desde allí las envió a su hermano José Andrés en España, advirtiéndole que cuando recibiese el correo se lo comunicara inmediatamente. Al recibir la confirmación de que había llegado el material, Francisco partió de Nueva York a España, en una decisión que tenía más el tinte de una fuga que el de una despedida. Recuerda este episodio en algún párrafo minúsculo de su archivo: *“Mientras carreteaba el Super Constellation de hélice para despegar, pensaba si esta decisión no troncharía para siempre mis aspiraciones sobre la investigación, pero debía defender mi idea, que esta no me fuese arrebatada”*.

Este hecho fundamental en su vida establece una bifurcación que pudo haberle significado un destino diferente. Algo perdía y algo ganaba con cada una de las dos posibles decisiones. Si se hubiese quedado en el laboratorio de Hamilton y Brecher, su idea podría haber tenido un desarrollo impensado y una difusión excelente a pesar del riesgo de que se quedaran con parte de su conocimiento. Al “escaparse” de Estados Unidos, preservó la autoría y huyó del riesgo que lo atormentaba, pero no halló el ambiente científico adecuado en España para una consolidación efectiva de su obra en el corto plazo. Seguramente estas disquisiciones nunca fueron consideradas por Francisco, pues ello hubiera colisionado con su integridad ética. Al abandonar la tierra norteamericana, una sonrisa incierta debió de dibujarse en su rostro. Acostumbrado a los esfuerzos sin resignar su

identidad, esta experiencia no sería más que un nuevo impulso para su genio de investigador.

Una nota mecanografiada por Francisco en sus carpetas personales sobre este tema, fechada el 29 de julio de 1998, lleva a inferir que debemos comprender que lo sucedido en el hospital Eugene Talmadge bajo la dirección de Hamilton nunca quedó realmente cerrado a su propia aprobación. Expresa:

Abandoné pues Estados Unidos [al final de 1959] perdiendo, con ello, una gran multitud de posibilidades para el desarrollo de mis trabajos. Al llegar a Madrid una de las primeras personas que visité fue a don Pedro Laín Entralgo. Creyéndome cargado de razón, le expliqué los pormenores de los sucesos que me habían decidido a volver y don Pedro me demostró lo errado de mi actitud; desde entonces ya no he vuelto a tener comunicación con él. Posiblemente, olvidando que también él algún día debió ser joven, continúe enfadado conmigo.

3

El origen que nunca abandonó

• • • • •

Llegué a Denia en el exacto punto geográfico ansiado. Era el inicio del derrotero de la memoria que iba a iniciar con Jesús Herreros, Teresa y Paco, estos dos últimos esposa y uno de los hijos de Francisco Torrent-Guasp, por los lugares de esa región de la Comunidad Valenciana donde el investigador nos alcanzaba con su historia de vida y el legado del conocimiento atesorado. Todos sentíamos la misión de evidenciar el esfuerzo que había emprendido desde esta región del sureste de España, a orillas del Mediterráneo, luego de su nacimiento en 1931, para emplazarlo en la cumbre final.

Llegaba a esta ciudad luminosa de España en busca del explorador del corazón. El sol teñía de claridad transparente a todo el lugar a orillas de un mar Mediterráneo azul oscuro pincelado de caprichosas manchas verde-amarillentas. Desfiladeros arbolados tiñendo sus copas del primer verdor del verano se apiñaban oscilantes a mi paso. Algunas hojas caían aún casi sin nacer. Siempre algo está muriendo. Denia había nacido romana, luego fue árabe, pero quedó definitivamente española. Alicante, a mínima distancia se topa detrás de un peñón con otra joya, Javea, lugar donde Joaquín Sorolla supo llevar la magia transparente del color marino a sus telas.

Ubicada en los últimos peldaños agrestes de los montes apaciguados en las costas recortadas del mar, Denia se levanta entre calles inclinadas y blancas casas que parecen sostenerse unas a otras. Su pasado muestra la ofrenda de cada conquistador que la poseyó. Su figura contornea-



4. La casa de la familia Torrent en Denia.

da por una luz infinita se dibuja en el vaivén de las esmeraldas aguas que le dieron gloria y destino. Serpenteé la calle donde Francisco Torrent-Guasp sigue presente, imaginando que algún ojo avizor desde su attillo de trabajo aún permanece oteando hasta donde llega el devenir de los hombres callados. Un amplio parque se abrió al pasar la entrada.

La casa palaciega (imagen 4) queda disimulada ante el exuberante verdor y las alturas arbóreas. Una llamativa escalera de piedra me conduce al interior, donde uno de los cuadros que Francisco pintó me recibe intrigante y acogedor (imagen 5).² Desde ese sitio iniciamos el recorrido de la vida y el ideario del investigador heterodoxo en su inquisición a la realidad. Todos esos lugares regionales que íbamos a visitar representaban

2. Un artículo sobre el arte pictórico de Francisco Torrent-Guasp fue publicado, bajo el título “Francisco Torrent-Guasp”, en la *Revista Argentina de Cardiología* (vol. 85, Nº 1, febrero de 2017) con comentarios de Jorge C. Trainini.



5. Ingreso a la casa de la familia Torrent,
donde puede verse una de sus obras pictóricas.

su pequeño terruño. Nunca quiso alejarse de su lugar de nacimiento, de los afectos, de la cultura y las costumbres con los que siempre convivió.

Iríamos desde su origen en Gandía recapitulando su peregrinaje existencial por Vall de Laguart, Ondara, Gata de Gorgos, Fontilles, Benisa, hasta volver a Denia, donde Francisco recaló definitivamente en 1964. Esta pertenencia está inscrita en cada nota, carta, artículo científico, libro. Al lado de su firma siempre figuraría la palabra *Denia*. Allí se estableció para honrar la vida, el arte y la ciencia.

Gandía

Recorremos una tierra verde a los pies del mar donde en la verticalidad que ofrecen las escaleras de piedra el labrador ingenió espacios, esas terrazas que hacen estallar a la vista sus cultivos de naranjos, fieles

acompañantes durante todo el camino que con suavidad nos va envolviendo de percepciones en su zigzaguo.

Gandía es la ciudad de la seda y las pasas, cuna de la popular *fideuà*.³ Ahora casi no muestra cicatrices de su pasado pueblerino. Cuesta hacerlas visibles al punto de que el sitio buscado desafía la memoria de Teresa. De ese tiempo cuando José Andrés Torrent Moll atendía su consultorio médico en la “calle de Gutiérrez Mas N° 12”, como reza el anuncio en una revista del lugar hacia 1924, que ahora pende de una pared en el laboratorio anatómico en Denia de su hijo Francisco. Me sorprende la frase final de la placa: “Pobres: absolutamente gratuita la consulta los jueves de 4 a 6 de la tarde” (imagen 6). En la actualidad, luego de tantas décadas sucedidas en esta posmodernidad en la cual el hombre espiritual se halla en retirada, esa antigua hoja periodística rescatada, ya sepia, se me asemeja que representa la esencia ética de un pueblo que fue mudando en altos edificios. Contra ellos colisionan los vientos marinos que antes impulsaban los molinos, aquellos contrincantes del Quijote y de su escudero Sancho, que ya peregrinaban advertidos de lo que arribaba a la crónica del hombre. Ahora los tiempos pertenecen a la posmodernidad positivista y materialista donde, al decir de filósofos posestructuralistas como Michel Foucault, Jacques Derrida y Gilles Deleuze, rigen otras consignas: la de que el “hombre ha muerto” y el “factor humano” extravió la sensibilidad. Hoy, en Gandía, el progreso sentó sus reales abandonando historias sensibles, utilizando el tiempo como el verdugo artesanal que fue cambiando el paisaje del lugar imperceptiblemente. Es la historia de todas las ciudades con su verticalidad: ocultar la tierra y los firmamentos.

Estábamos en el origen de todo lo que tratábamos de desentrañar. Allí nació Francisco el 7 de octubre de 1931, el tercer hijo de José Andrés Torrent Moll y Purificación Guasp García. Ocho y siete años antes habían llegado a la familia sus hermanos Purificación y José Andrés respectivamente.

3. Plato típico de Valencia que se elabora parecido a la paella.

≡ José Torrent ≡
MEDICO

participa la apertura de su clínica con RAYOS X
-DIATERMIA-ELECTRICIDAD MEDICA-
SOL DE ALTURA - MEDICINA
GENERAL - ENFERMEDADES DE LA
PIEL. VENÉREO Y SIFILIS. EX-MEDICO
DEL SANATORIO DE FONTILLES

Ofrece sus servicios en la calle de
Gutiérrez Más, n.º 12 -
de 10 a 1 y 6 a 8 tarde

≡ G A N D Í A ≡

TELÉFONO, 90

**POBRES: Absolutamente gratuita la
consulta los jueves de 4 a 6 de la
tarde.**

6. Anuncio de la consulta de José Torrent, padre de Francisco.

Esta nota apareció en una revista de Gandía en 1924.

Gandía tiene un paseo central, una calle peatonal que la atraviesa, llamada “de las Germanías”,⁴ bordeada de añosos árboles ostentosos en su frondosidad y que suelen acariciarse en las copas formando arcos de ramas

4. Protestas sociales espontáneas que planteaban peticiones determinadas. Nunca constituyeron un programa político.

y hojas. Este nombre rememora una revuelta de artesanos sucedida entre 1519 y 1522 en las principales ciudades del antiguo Reino de Valencia, equivalente a la actual Comunidad Valenciana. A los costados del paseo los bancos de granito todavía atesoran las viejas historias de la ciudad, que se siguen narrando entre los descendientes de los antiguos pobladores.

A nuestra derecha, caminando desde la entrada de Gandía, hallamos el inicio de la calle San Francisco de Borja, así llamada en honor del patrono de la ciudad. Hay en ella dos colegios, el Abad Sola y el de los Escolapios. Este último fue una plaza de toros, pero al morir una persona durante una corrida, Gandía no quiso tener más cultura torera.

Teresa se adelanta, inquisidora de cada trazo de la calle, de cada casa. Sus ojos vivaces e inquietos buscan el lugar exacto del nacimiento de Francisco. Va tanteando con la vista cada posibilidad que le acerca el recuerdo hasta tener la exactitud de lo rastreado. De pronto no duda: con una tenacidad y movimientos envidiables, llega antes que todos al frente del sitio natal de su esposo (imagen 7).

El lugar de nacimiento de Francisco se halla a unos 200 metros del paseo de las Germanías, exactamente en el número 26 de Francisco de Borja. Es una casa de dos plantas. Actualmente su frente está pintado de amarillo-ocre ribeteado de blanco. Hoy es asiento de un coqueto restaurante denominado Visconti. Reflexioné brevemente en que los sitios guardan memorias que los hombres olvidan con rapidez. En esos rincones, que ahora observamos, estarían aún acumuladas las historias acontecidas del lugar intentando refugiarse del inevitable olvido que parece adquirirse cada vez más de prisa. También recordé que alguien, exactamente un vagabundo, me dijo alguna vez con escepticismo al referirse a la inmediatez: “Adónde vas que yo ya fui y no hay nada”. Ingresamos. En el fondo del amplio lugar todavía se yergue algún árbol ancestral, testigo mudo con sus renovadas cortezas y hojas de los primeros años del benjamín de los Torrent, como le agradaba a Francisco que identificaran a su familia. Aún una reja sobreviviente de ese entonces separa unas mesas de otras. Antes era el límite que separaba a los animales domésticos y donde ellos podían vivir a sus anchas sus propias vicisitudes.



7. Casa natal de Francisco en Gandía. De izquierda a derecha
Teresa Torrent, Jorge Trainini y Paco Torrent (hijo).

Hay pocos recuerdos de Francisco en esa casa donde permaneció hasta la corta edad de siete años. Eran épocas de la guerra civil española. Alguna vez rememoró que una de sus primeras vivencias la constituyó una manifestación comunista allá por 1935. Asomado desde la segunda planta presenció la llegada de los “tomasines” (autos Ford de pedales con toldos de lona de la policía) y la posterior gresca que se generó. Ese episodio era mucho más que un hecho aislado. Presagiaba circunstancias impensadas para su padre, un médico católico que cumplía el mandato existencial de su profesión humanística sin vacilaciones.

José Andrés, su padre, entendió que no debía tentar al destino fatal. Los bombardeos de la aviación italiana de Benito Mussolini eran frecuentes. Abandonó Gandía. Ya nunca más regresaría Francisco a esa casa, a su amplitud y a los juegos con sus hermanos. El devenir tomaría un atajo en que su adolescencia no se podría cumplir y lo depositaría con rapidez en una anticipada maduración de vida. Entonces la familia Torrent decidió partir a Ondara –derivado de *ondar*, vocablo ibérico que significa arenal–, ubicada a orillas del río Girona. Buscaban un entorno más seguro. Esta tierra llana a 4 kilómetros de la costa estuvo ligada a la llegada de colonos romanos a Denia. Desde Ondara se cuenta que el Cid Campeador amenazó a la Denia ocupada por los moros. Allí los Torrent se acomodaron en una pensión que en nada se comparaba con la comodidad de la casa de dos plantas que habían dejado en Gandía, pero la vida tiene sorpresas que la razón no entiende. Un amigo de los Torrent, Santiago Boluda Mestre, quien sería el padre de Teresa –la futura esposa de Francisco–, los hizo trasladar a una casa desocupada de su propiedad en el mismo pueblo, iniciando así una relación cercana y franca. Allí la familia permaneció hasta 1940, cuando se mudó a Gata de Gorgos, un pueblo cercano ubicado a 8 kilómetros de Ondara, donde José Andrés Torrent había obtenido una plaza de médico titular.

En esa localidad estuvieron también poco tiempo porque el padre de Francisco enfermó y decidió entonces aceptar un puesto más tranquilo en el Sanatorio Leprológico de Trillo, en Guadalajara, en la actual comunidad

autónoma de Castilla-La Mancha. En esta decisión influyó la posibilidad de estar cerca de Madrid para que sus hijos pudiesen ir a la universidad con mayor comodidad. En aquel sitio, Francisco hizo los dos primeros cursos de bachiller, y registró los exámenes en el Instituto de Segunda Enseñanza de Guadalajara.

Fruto de una enfermedad valvular en su corazón, una estenosis mitral grave, José Andrés fallece en 1945, a los cincuenta y cinco años. Purificación, su esposa, también enferma, decide partir con sus hijos a Madrid. Ocho meses después del fallecimiento de su esposo, ella muere de tuberculosis pulmonar. A los catorce años Francisco queda huérfano de ambos padres, justo al inicio de la adolescencia, de la cual se vería privado. José Andrés y Purificación, sus jóvenes hermanos mayores, cuidarían de él. Los recursos económicos provinieron de la herencia de sus padres. Con una prolija economía los tres hermanos se sustentan, progresan y pueden capacitarse. En Madrid, Francisco finalizó el bachillerato en el Instituto de San Isidro. En 1950 ingresó en la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense, siempre en Madrid, donde cursó los tres primeros años. Alto, delgado y locuaz, creció sin adolescencia debido a los acontecimientos pasados, modulando una personalidad forjada en la perseverancia. “No le gustaban las relaciones sociales. Me acompañaba de compromiso”, aclara Teresa, su esposa.

Vall de Laguart

Proseguimos el viaje de la memoria por los lugares de Francisco Torrent-Guasp. El camino serpentea en las alturas del macizo Cavall Verd o sierra de Penyó. Desde allí por tramos se visualiza, a través de un hermoso valle, La Marina, a orillas del Mediterráneo. Nos rodean trigales y cerezos que le dan al paisaje un salpicado de rojo en medio de un verde provocador. Bosques de pinares que preservan su naturaleza agreste tapizan el abismo que se extiende hacia el mar. El verde del verano abruma. Ese lugar, Vall

de Laguart (*Al-Agwar*: “Las Cuevas”), ostenta el privilegio de ser uno de los últimos reductos donde los moriscos defendieron su permanencia refugiados contra el mar. Actualmente alberga un pueblo pequeño, dividido en tres, llamados bajo, medio y alto. Entre esas pocas casas de labradores en Campell, que alguien me dijo que eran solo noventa y cinco, también llamado por los lugareños *Poble de Baix* (pueblo de abajo), Francisco pasaba sus veranos lejos de Madrid, con sus tíos paternos y sus primos Dora, Concepción, Gerardo y José Andrés, apellidados Ballester Torrent. En ese lugar están enterrados sus abuelos. Allí, Francisco en los veranos se refugiaba en el sosiego verde de las ondulaciones y la inocencia sublime del sus pobladores, lejos de la voracidad de la metrópoli de Madrid.

A unos 500 metros de altitud el fresco montañés alivia del calor. Caminamos las estrechas calles llenas de resabios de tantos siglos de fortalezas árabes. Sus casas parecen existir desde siempre, a despecho del paso tan rápido de la vida del hombre. Los primos de Francisco hablan de él como si aún permaneciese entre ellos. De su risa y del fervor que ponía junto a su tío en la labranza de los campos. “¡Es que deseaba ser labrador!”, nos dicen. “Amaba esta tierra y el fruto que da la tierra al hombre que la cultiva con sus manos.”

En alguna oportunidad Francisco dejó escrito:

Mis aspiraciones estaban entonces reducidas a ser labriego en Vall de Laguart, pueblo del que eran originarios mis antecesores paternos, en el que pasaba las vacaciones de verano. Sin embargo, la incidencia sobre mi persona de otro hecho negativo me indujo a abandonar mis agropecuarios propósitos y emprender estudios universitarios. Ocurrió que en la Universidad Central, calle de San Bernardo, fui suspendido en el examen de Estado por culpa del problema de matemáticas, cosa que me impactó considerablemente. Tanto es así que tras sobrepasar tal prueba en la convocatoria de septiembre decidí estudiar y ser médico, como lo había sido mi padre.

Subíamos por una minúscula callecita enrutada de *Poble de Baix* y de pronto señala Dora, su prima, una antigua reja trabajada por un artesano que destila sana envidia por su creatividad. Se acerca a ella y rozándola suavemente con los pulpejos de los dedos como quien no desea despertar al morador nos aclara: “Detrás de esta ventana Francisco dormía en las vacaciones de verano, cada vez que podía escaparse de Madrid”. La casa parece adormecida, apaciguada, todavía cobijando los sueños desobedientes del futuro médico (imagen 8).



8. La reja señala el lugar que habitaba Francisco en Vall de Laguart.

Nos despedimos de las alturas del pueblo sin querer perturbar nada de lo que se evidenciaba eterno. Y no solo en el paisaje, sino en la pureza de sus pobladores. La calidez del mediodía era una caricia al alma que nos acompañaba en el descenso de los escalones montañoses.

Benisa

La amistad inicial entre José Andrés Torrent Moll y Santiago Boluda Mestre se prolongaría con Francisco. El fallecimiento de su padre no impidió la visita frecuente, mientras estudiaba Medicina, a la familia que los había ayudado y en la que había nacido Teresa el 5 de diciembre de 1942, de madre argentina proveniente de la provincia de San Juan. Su madrina fue Purificación, la hermana mayor de Francisco. Esos veranos que pasaba en Vall de Laguart le permitían llegarse periódicamente a Ondara, hogar de los Boluda, donde los sentimientos de ambos jóvenes se fueron sedimentando. La niña se había transformado en una hermosa y desenvuelta jovencita de piel blanca y sedosa.

Hacia 1955, apenas licenciado, Francisco consiguió una beca en el Departamento de Anatomía de la Universidad de Saint Andrews, Escocia, y emprendió su primer viaje de becario del que regresó seis meses más tarde, ya en 1956, para cumplir con el servicio militar por un lapso de once meses. De pronto, a punto de viajar a Estados Unidos en 1958 (ver capítulo 2, “La huida desde Estados Unidos”) para el *fellow* en Georgia, solicita que Teresa selle un compromiso de matrimonio. “Sentí cierto estremecimiento difícil de explicar”, nos confiesa. Los jóvenes años de Teresa dejaron el intento en suspenso hasta su vuelta.

Al regresar a Denia pasamos por Benisa, pueblo de callejuelas empedradas, muros centenarios y vetustas casas señoriales que nos trasladaban al Medioevo. Nos estacionamos en una calle del escueto pueblo que contaba con solo una hilera de casas blancas y tejas coloniales. La otra vereda es un extenso balcón con rejas que se asoma a una calle que se halla metros

abajo. Esta callecita que se extiende en una suave curva tiene adosado desde 1985 el nombre de Carrer Dr. Torrent (imagen 9). Pregunté a mis anfitriones por qué llevaba la calle solo el apellido paterno. “Gustaba llamarse Torrent. Él pidió que solo apareciese Torrent como una forma de homenaje también a su padre”, aclaró Paco, su hijo. Teresa recuerda: “Este reconocimiento a Francisco fue una retribución de la gente del pueblo. Surgió de un movimiento popular, de la cantidad de pacientes que confiaban en él, y no tanto de las autoridades del momento”. No sorprende este tipo de actitudes en un hombre que a pesar de su elevado nivel intelectual siempre se cobijó en la necesidad de la gente. Al igual que su padre, fue un auténtico médico de pueblo. El lugar, tranquilo y deshabitado por la hora de la siesta, me pareció un silencioso homenaje al genial médico y humanista; también me golpeó la idea de que la verdad del reconocimiento se halla en la humildad de los lugares y de la gente, sobre todo pensando en la respuesta ausente de algunos centros científicos avanzados de España al denodado trabajo de Francisco. Su hijo Paco recuerda que en algunas oportunidades tanta indiferencia a su trabajo lo alejaba de la investigación. Incluso quiso quemar sus escritos. Teresa impidió que se concretasen tales propósitos.

En este aspecto, un excelente ecocardiografista español de Madrid, de prestigio internacional en la actualidad, con una sinceridad gratificante me comentó un episodio que refleja ese ambiente científico poco apacible a las ideas de Francisco:

Un día, allá por 1974, suena el teléfono en mi consulta. “Doctor, soy Torrent-Guasp. Necesito de usted que está haciendo ecocardiografía si puede ayudarme con mi teoría”. Entonces me explicó largamente de qué se trataba. Yo lo atendí con pocas preguntas. Al final le dije que sí y nos despedimos. Cuando colgué el tubo expresé en voz alta: “Este tío está loco”. Hoy aún me pesa mi comportamiento.



9. Carrer Dr. Torrent en Benisa.

En esta misma línea de acontecimientos, cuando Jesús Herreros y yo intentábamos llegar a la familia de Torrent, se hizo una reunión en una noche de verano en La Marina valenciana. Allí pude cotejar mis ideas sobre la función cardíaca y las de Francisco con médicos de la especialidad. La conclusión que se me dijo fue: “¡Hombre, es una quimera; nadie nunca pudo abrir el corazón del que hablaba Torrent!”. Recuerdo que regresé de esa velada con una sensación ambivalente, pero al revisar el escenario de las ideas y de los hombres comprendí que estos no suelen tolerar hallarse en la bifurcación que determinan los conocimientos

nuevos, pues prefieren estacionarse en un hecho falso establecido antes que asumir el riesgo de innovar y aprender. El caos hacia un nuevo orden es sufrimiento.

Sin embargo, hacia 1974 la teoría de la banda cardíaca y el modelo de la cuerda en doble hélice se hallaban concretados. Nadie entendía en los círculos acreditados que Francisco era un investigador heterodoxo; de ahí su inteligencia para ver el lado ignoto de la realidad. Sus herramientas fueron la humildad y el trabajo. Si algo le apasionaba era “cotejar sus ideas con los que pensaban diferente, a pesar de que lo contradijesen”, me aclara Paco, su hijo, y agrega con el asentimiento de Teresa: “Siempre pensó que lo suyo era trascendente y que después de desaparecido se le iba a otorgar a sus investigaciones el valor que tenían. Aún no era tiempo. Un día mirándome a los ojos y poniendo un dedo en mi frente con todo énfasis me dijo: «¡Te acordarás! ¡Te acordarás!». Y esto lo decía no solo por el contenido moral que transmitía a sus hijos, sino también porque siempre pensó que tendrían vigencia los conocimientos que juzgaba estaban adelantados a su tiempo”.

Este episodio entre Francisco y su hijo Paco recuerda a Johannes Kepler, quien luego de terminar *Harmonices mundi* (1619) explicaba así este sentimiento de transcendencia:

Echada está la suerte; y con esto pongo fin a mi libro, importándome poco que sea leído por la edad presente o por la posteridad. No le faltará lector algún día. Pues ¿no ha tenido Dios que esperar seis mil años para hallar en mí un contemplador e intérprete de sus obras?

Francisco nunca transmitió sensación de fracaso. La fortaleza estuvo en convencerse de la originalidad y de ese gusto por explorar virginidades del corazón. Por eso pudo soportar la injusticia de la indiferencia, de aquellos que con la ignorancia deseaban que sus ideas se perdieran en el tiempo. Esta incomprensión, el olvido de las instituciones oficiales,

no pudieron vencer su deseo de llegar a verdades intelectuales y hacer cumbre con su extenso trabajo. Su intelecto se abocó a resolver el fondo de la cuestión del corazón, lejos del enciclopedismo o los conceptos clásicos que constituyen una traba para profundizar el conocimiento. Supo bien de los fines de su investigación, y con ellos se sobrepuso a los escasos medios con que contaba para continuarlos. Sin embargo, los fue armonizando con extrema paciencia y continuidad. Las monografías que utilizó para difundir sus trabajos, sobre todo en la primera mitad de su investigación, fueron la estrategia que le permitió difundirlos, ya que el acceso a las revistas le estaba vedado, puesto que eran impermeables a demoler la estructura clásica con cuatro siglos de vigencia.

Debemos recordar que, a pesar del clima antidogmático y liberal del Renacimiento, la publicación *De motu cordis* (1628) de William Harvey encendió vivas polémicas. No era sencillo que catorce siglos de hegemonía galénica fueran derrumbados sin oposición alguna. Harvey tuvo impugnadores y partidarios. Entre sus críticos, los más célebres fueron Jacques Primrose (Londres), Emilio Parisano (Roma), Gaspar Hoffmann (Alemania), Jean Rioloano (París), Guy Patin (París). Se decía que desde la antigüedad los pacientes se habían curado sin necesidad de conocerse la pretendida teoría de la circulación. Hasta el siglo XVIII se extendieron las críticas a la circulación sanguínea, como lo hiciera el portugués Lima en 1761.⁵

A Christian A. Doppler le sucedió lo mismo. Su hallazgo presentado en Praga en 1842, hoy llamado “efecto Doppler”, se inmortalizó pese a ser rechazado para su publicación en cuarenta y nueve oportunidades por diferentes revistas.⁶

5. Jorge C. Trainini, *La circulación de la sangre*, Buenos Aires, Biblioteca Médica Aventus, 2003.

6. Jorge C. Trainini, “Christian Andreas Doppler”, *Revista Argentina de Cardiología*, vol. 84, N° 4, 2016, p. 371.

Remeda esta forma monográfica de Francisco para democratizar los hallazgos científicos a Santiago Ramón y Cajal, quien en sus comienzos los difundía con cuartillas costeadas por él mismo. Haber llegado Francisco Torrent-Guasp con algunas de ellas a lugares impensados como Estados Unidos, cuando Gerhard Brecher accidentalmente se hace de *El ciclo cardíaco*, o de *El músculo cardíaco* (Madrid, Fundación Juan March y Editorial Guadarrama, 1970), que motivó su aproximación al prestigioso cardiocirujano británico Donald Ross, de Londres, le dan crédito al esfuerzo pecuniario que utilizó. Recuerdo una frase de Max Horkheimer (metáfora de la falta de receptores de la teoría crítica) en la que decía, refiriéndose al humanismo, que parecía “estar en una botella sin destino”. En este acontecer de Torrent-Guasp y las monografías realizadas, su botella fue pasando de un pescador a otro, hasta llegar a tocar tierra firme.

Fontilles

Después de su experiencia en el hospital Eugene Talmadge, con dos prominentes figuras de la fisiología como eran Hamilton y Brecher, al regresar Francisco a España las puertas estaban cerradas en los centros de investigación. Posterior a su huida de Estados Unidos se instala en Vall de Laguart, su antiguo refugio emocional. Entonces, una plaza de médico de mujeres que estaba vacante en el leproario de Fontilles, también llamado sanatorio San Francisco de Borja, le es ofrecida por su amigo el doctor José Terencio de las Aguas.

Ejerce como médico mientras no deja de pensar en sus investigaciones. Prepara su matrimonio con Teresa formalizando el compromiso matrimonial el 4 de marzo de 1962, después de nueve meses de noviazgo oficial.

Estábamos en el trayecto que va de Orba a Vall de Laguart, en el pueblo de Fontilles, exactamente en el frente de la edificación donde instalaron el primer hogar matrimonial, dependencia que les ofreció el sanatorio San Francisco de Borja. Justo al lado de la vivienda, una barrera restringe el

ingreso al leprosario. La vieja casona estaba cerrada y adormilada, pero no olvidada por Teresa, a quien observé calladamente. Se mostraba exultante con los recuerdos. No dejaba de lado ningún detalle. “Trajo a este lugar el aparato de rayos de su padre”, rememora. Y agrega: “Antes de casarse se movilizaba con un Seat 600 color beige. Le gustaba la velocidad. También era entusiasta de las motos”.

No pude dejar de pensar en el temple de esa mujer que a los diecinueve años se alejaba de su casa natal en Ondara para acompañar a Francisco en un ambiente que imponía cierta aprensión social y temor, porque así era el designio de esta enfermedad bíblica. Miré alrededor. Y allí sigue el muro patibulario –3 kilómetros de largo, 3 metros de alto y medio metro de grosor– que rodea el conjunto de edificios, levantado en mitad de unos riscos para confinar a los enfermos de los que todo el mundo huía, hasta sus propias familias. El paraje, de gran belleza, se presenta mágico con rincones de paz en medio de un verde generoso. En ese sitio se instalaron Francisco y Teresa. Allí también nacieron sus dos primeros hijos, María Teresa y Esther.

4

La cena en Londres

• • • • •

En Londres se celebró el VI Congreso Mundial de Cardiología en el Albert Hall, a orillas del Támesis. Corría 1970. Hacia el norte cruzó Francisco Torrent-Guasp llevando sus ideas y realizaciones sobre la banda miocárdica y la función del corazón. Por ese entonces había publicado, en ese mismo año, su trabajo denominado “La dinámica valvular” (*Revista Española de Cardiología*, Nº 2, 1970), que intenta hacerle llegar a Donald Ross, de gran prestigio por su técnica de implante valvular aórtico con autoinjerto de la válvula pulmonar. Le resulta imposible establecer una conversación. Entonces, en un último intento para comunicarse, le deja una escueta nota junto con el libro en la recepción del Congreso.

Al día siguiente, Ross le envió una invitación para que concurriera junto con su esposa a una cena en su casa a la que asistirían cirujanos y cardiólogos de diversos países. Exactamente la nota explicitaba: “Doctor Torrent-Guasp, esta noche en mi casa celebro una cena con prestigiosos colegas. Lo espero”. Incluso le manifestaba en la misiva que se encontraba muy interesado sobre la tesis de Francisco sobre la dinámica valvular, le agradecía la información y le comentaba favorablemente la propuesta que perseguía en la publicación.

Francisco concurrió con Teresa. Cuando llegaron ya estaban todos los invitados, entre ellos un anatómo-patólogo argentino, Luis Becú, quien sería un buen amigo a la distancia en los años venideros y con quien mantendría una correspondencia riquísima en su contenido intelectual. Uno

de los presentes se sorprendió con la llegada de Francisco Torrent-Guasp; se trataba de un médico español de cargo y prestigio prominentes. Lo que sigue en la transcripción de los sucesos de esa noche revela la poca importancia que tenían en España las investigaciones de Francisco sobre la estructura-función cardíaca. Es que él con su trabajo repitió el periplo de Ulises, deambulando por todo el mundo con sus logros hasta que recién en este último tiempo pudieron recalcar sus ideas en el terruño natal. España empezó a desempolvase la indiferencia y el rechazo que siempre había demostrado hacia Francisco después de su muerte en 2005. Llegado a este punto del encuentro casual en la cena entre ambos españoles, el prestigioso cardiólogo le pregunta sorprendido a Francisco: “¿Qué haces tú aquí?”. El esforzado investigador no se inmutó ni le comentó su reciente pero promisoría relación con Ross, quien sería junto con Pedro Zarco, un amigo esencial en su vida. Solo le contestó con inteligencia no exenta de sarcasmo: “Pues mire, doctor, he venido a comer como usted”.

El trabajo sobre la dinámica valvular de Francisco estaba destinado a tener avatares sorprendentes. En el mismo año de 1970 se lo invitó a pronunciar una conferencia en el Departamento de Anatomía de la Universidad de Friburgo, Alemania, en la que expuso la tesis mantenida en la *Revista Española de Cardiología* entregada a Donald Ross. En la disertación puso énfasis en la necesidad de que se evite montar las prótesis valvulares sobre anillos rígidos dada la interferencia, sobre la normal dinámica cardíaca, que su fijación originaba al inmovilizar las estructuras de la base de los ventrículos. El director del Departamento de Anatomía, el profesor A. Puff, quedó fascinado con la idea y con las preparaciones anatómicas que llevaba incluidas en formol. Recuerda Francisco que Puff trató de confinarlo en el hotel, evitando que volviese a la Facultad. Durante varios días permaneció en Friburgo discutiendo la diversidad de la tesis con el mencionado profesor ¡en su propia habitación del alojamiento!, ya que este no deseaba una nueva visita de Francisco al Departamento de Anatomía. Tardíamente se dio cuenta del porqué de dicha actitud. Como consecuencia del encuentro decidieron realizar sendas

publicaciones, firmándolas conjuntamente, en castellano y en alemán. Tal como había sido acordado, el artículo en castellano apareció en la *Revista Española de Cardiología* firmado por Francisco Torrent-Guasp en primer lugar y por Puff en segundo término; pero el artículo en alemán, de cuya existencia se enteró mucho después, apareció firmado tan solo por este último. Seguramente tal planificación la tenía trazada desde un principio, al momento que pronunció la conferencia en la Universidad de Friburgo, lo cual explica el interés por ocultar a Francisco con el fin de evitar que sus ayudantes conociesen más sobre las ideas del español.

Esta idea adelantada de Francisco sobre la necesidad de los anillos flexibles en el reemplazo valvular no tuvo el reconocimiento y fue ignorada en diversos centros. Certifica esta situación una carta enviada el 19 de diciembre de 1977 por el jefe del servicio de cirugía cardiovascular Pedro Muñoz Cardona, del Hospital Militar Central Cómez Ulla, quien redime a Francisco de lo acontecido al expresar: “Adjunto te mando un trabajo acerca de los anillos flexibles en que por fin se te cita en la bibliografía. Esta, aunque no es muy completa, recoge tu idea general y por ello me ha producido satisfacción”.

Como resultado de estas circunstancias en el Congreso Mundial de Cardiología y de su incipiente amistad con Donald Ross es invitado a pronunciar una conferencia en el Departamento de Anatomía del profesor Warwick en el National Heart Hospital de Londres, donde disertó cinco veces en los siguientes siete años, ya que Ross estaba interesado en las propuestas de Torrent-Guasp sobre el diseño de las prótesis valvulares. Como consecuencia de estas conferencias el trabajo de Francisco aparece referido en la *Anatomía del cuerpo humano*, de Henry Gray.

En dicho hospital conoció a quien sería su ineludible amigo para siempre, el ya mencionado profesor Pedro Zarco de la Universidad Complutense de Madrid, y defensor de su “heterodoxa investigación”, como le gustaba definir a la tarea de Francisco. Entre ambos se inició entonces una estrecha colaboración. Zarco participó en el libro *Estructura y mecánica del corazón* (Madrid, Grass, 1987) junto con Paul Lunkenheimer,

A. Lunkenheimer, Daniel Streeter, Juliana Fariña González, Paloma Arangocillo y Ceon Ramón. Zarco, al hablar de Francisco, aclaraba: “Su modelo explica satisfactoriamente la anatomía –hasta ahora totalmente incomprensible– y la mecánica del corazón”.

Pedro Zarco fue un esforzado defensor de gran parte de la hipótesis de Francisco. Repetía en sus artículos las palabras del investigador de Denia al referirse a la sístole cardíaca: “Exactamente como si se exprimiese una toalla... El corazón en lugar de ser un pistón deslizante sobre unas paredes fijas, como cualquier cilindro, se retuerce en émbolo descendente y las paredes hacen un giro espiral, con lo cual la eficacia mecánica es máxima”. Y agregaba: “Con una gran tenacidad y un trabajo prolongadísimo, el más extenso del siglo XX de la anatomía cardíaca, Torrent-Guasp imaginó primero y conoció después el intrincado ovillo que forma el corazón”.

De la amistad entre ambos, desde esa relación nacida en Londres en 1970, es clara evidencia una postal que le envía Zarco a Torrent el 21 de diciembre de 1971 desde Candanchú, en los Pirineos, donde se encontraba esquiendo. En ella le comunica: “Me parece fatal que no te hayan aceptado el trabajo [no menciona cuál] en la *Revista Española de Cardiología*. En solidaridad contigo nos hemos negado Ester Cortina y yo a entregar un trabajo de miocardiopatías que nos habían pedido”.

La amistad entre Francisco Torrent y Pedro Zarco se manifestó siempre muy sólida, con algunos episodios no faltos de comicidad. Así, en mayo de 1975 Zarco le envía una nota a Francisco con relación a la publicación de su libro *El fallo mecánico del corazón* (Barcelona, Toray, 1975), en el que Francisco escribió el primer capítulo. Textualmente dice: “El libro es muy caro, así que no creo que vendamos más allá de media docena de ejemplares, con lo cual no te vas a poder enriquecer”.

Esos fueron años en que Francisco pudo realizar desarrollos importantes que le valieron el reconocimiento de su trabajo. En julio de 1971 la Universidad Autónoma de Barcelona lo ingresa a su plantel para el emprendimiento de un centro de investigación a instancias de don Cruz Martínez Esteruelas, pero fue a partir de 1972 cuando bajo el patrocinio

de la Fundación Juan March pudo realizar una activa tarea de divulgación. Subvencionado por ella, en ese mismo año emprendió una gira por Europa, en la que pronunció una serie de conferencias en las universidades de Estocolmo, Goteborg, Ámsterdam, Leyden, Hannover, Ginebra, Berna, París, Milán y Roma. También en ese año editó su ya mencionado *El músculo cardíaco*, en versiones española e inglesa.

En 1973, también bajo el patrocinio de dicha Fundación, realizó una gira por Estados Unidos, en la que pronunció en 35 días 29 conferencias pasando por las universidades de Harvard, Nueva York (hospital Mount Sinai), Filadelfia, Charleston, Birmingham, Saint Louis, Toledo, Chicago (Loyola y Western), Denver, San Francisco, Los Ángeles, San Diego, Portland (hospital Saint Vincent, con la asistencia del prestigioso médico Albert Starr), Seattle, Mineápolis (Clínica Mayo). En este periplo de disertaciones conoció a Daniel Denison Streeter, el más reconocido anatomista del corazón de aquellos días, en la Universidad de Washington, Seattle, con quien inició una estrecha colaboración científica, fruto de la cual fue una publicación entre ambos en la revista *Circulation* (vol. XLVIII, Nº 4, octubre de 1973) titulada “Geodesic paths in the left ventricle of the mamalian heart”.

El mismo Francisco resume este viaje:

Hemos permanecido [con Teresa] 35 días en Estados Unidos, visitado 19 ciudades para exponer en 25 instituciones médicas. He entregado 43 ejemplares del libro The Cardiac Muscle. Me ha sido evidenciado el nivel que, en el orden científico, alcanza mi trabajo. Me ha proporcionado horas muy felices. Nunca mi vanidad había sido tan y tantas veces complacida.

En la gira que hizo por Estados Unidos en 1973 una de sus conferencias tuvo lugar en el Departamento de Fisiología de la Universidad de Loyola, Chicago. Al terminar la exposición, los profesores J.A. Armour y W.C. Randall le entregaron la separata de un trabajo que ellos habían publicado

(“Structural basis for cardiac function”, *American Journal of Physiology*, 218, 1970) sobre el funcionamiento de los músculos papilares: “No podía pensar”, escribe el mismo Francisco Torrent-Guasp en 1998, “que en tal trabajo estuviesen unas pruebas experimentales que confirmaban, veintiocho años después, la nueva concepción de la mecánica ventricular desprendida de mis trabajos anatómicos y de la apreciación de la dinámica ventricular observable en un film que pude observar sobre la resonancia”.

Desde su primer libro *El ciclo cardíaco* se irían encadenando, en los sucesivos trabajos, los conceptos sobre la estructura y la función cardíaca que fue logrando la investigación llevada a cabo en Denia. Así aparecerían *Anatomía funcional del corazón* (Madrid, Editorial Paz Montalvo, 1957), *An Experimental Approach on Heart Dynamics* (Madrid, Imprenta de S. Aguirre Torre, 1959), *Sobre morfología y funcionalismos cardíacos* (Madrid, 1966), *Architecture fonctionnelle myocardique du ventricule gauche* (Tour, 1968), *Valvular Dynamics* (Madrid, 1970), *The Electrical Circulation* (Valencia, Imprenta Fermar, 1970), *La estructuración microscópica del miocardio ventricular izquierdo* (Madrid, 1972), *El músculo cardíaco* (Madrid, Fundación Juan March y Editorial Guadarrama, 1972) y *The Cardiac Muscle* (Madrid, Fundación Juan March, 1972).

5

Epístolas

• • • • •

El hombre se enfervoriza en la indagación de lo acontecido. Ante esta situación se halla en una incertidumbre, la cual no deja de ser paradójica. Esas bifurcaciones de la existencia recorridas hacia atrás debieran conducirlo al rumbo correcto, pero la gran mayoría de las veces no hay huellas de él. Vislumbra “retazos de luz” en la composición de esa cronología que indaga. Ellos son fragmentarios, discontinuos. Dispersos en la oscuridad del tiempo. Hay dificultades en hallarles ilación. A esos “pañuelos de luz” también les alcanza la última mirada si no son recuperados. Cuando el postrer aliento de una conciencia ya no se pose sobre ellos, dejarán de “ser”. Se apagarán a medida que ya no se observen con el afán de valorarlos.

Dos episodios sucedidos en el VI Congreso Mundial de Londres en 1970, la cena en la finca de Ross y la proclamación de la Argentina como sede del congreso de 1974, dieron inicio a una correspondencia que nuclea a Francisco Torrent-Guasp, Pedro Cossio⁷ y Luis Becú.⁸

7. Pedro Cossio (1900-1986) fue el iniciador de la *Revista de la Sociedad Argentina de Cardiología*. De gran trayectoria docente, impulsó la cardiología moderna en la Argentina. Sus trabajos sobre hemodinamia e intervencionismo cardíaco debieron haberlo llevado al premio Nobel, en palabras de quienes lo recibieron en 1956 (Werner Forssmann, André Frédéric Cournand, Dickinson W. Richards) por este desarrollo. Se puede consultar al respecto Jorge C. Trainini, *Pedro Cossio: el premio Nobel que no fue*, Buenos Aires, Lumen, 2007.

8. Luis Becú (1927-1997), anatómo-patólogo, fue un precursor en el estudio de las malformaciones cardíacas congénitas. A su labor se debe la clasificación actual de las co-

Esta relación epistolar se inicia con el envío de Francisco Torrent-Guasp a Pedro Cossio del libro *El músculo cardíaco* con “una amable dedicatoria”, como expresa la contestación del cardiólogo argentino fechada el 26 de diciembre de 1972, quien además lo felicita “por la originalidad y el tremendo trabajo de investigación realizado durante años para lograrlo, con nuevas conclusiones anatómicas y revolucionarios conceptos fisiológicos, basados en hechos comprobados y no producto de una frondosa imaginación”. Este envío es acompañado de la reglamentación del premio Fundación Cossio con el fin de ser divulgado en el viejo continente.

La siguiente carta hallada, del 24 de diciembre de 1973, revela el agradecimiento de la Fundación Cossio por la difusión de la solicitud anterior. Seguramente estos acontecimientos motivaron la invitación cursada por Pedro Cossio y Luis Becú a Francisco Torrent-Guasp para el Congreso Mundial de 1974 en Buenos Aires para exponer sobre el corazón helicoidal. La contestación del invitado fue una negativa, motivada por situaciones económicas que atravesaba Francisco en ese tiempo.

La correspondencia se reinicia entre Becú y Torrent-Guasp el 6 de mayo de 1996. Su inicio esclarece: “Tú no puedes acordarte de mí. Tuve el placer de visitarte en Denia el 23 de enero de 1977, conducido allí por Jane Somerville [...] he tenido mucho que ver con el desarrollo inicial de la cirugía cardíaca, desde que participé activamente en la primera cirugía en el mundo con bomba extracorpórea realizada en la Mayo Clinic por John Kirklin”. Más adelante expresa: “Tengo, creo, todo lo escrito por ti [...] Ahora, alegre y felizmente retirado, he montado un laboratorio de investigación [...] hemos repetido y quizá mejorado las disecciones [cardíacas]. Y nos preparamos para publicar. No puedo ni debo hacerlo sin saber si tú has continuado con tus investigaciones. El concepto anátomo-funcional del fascículo recibió formidable confirmación al conocerse

municaciones interventriculares. Intervino activamente en la primera cirugía cardíaca con circulación extracorpórea realizada en el mundo.

en los últimos diez años la anatomía submicroscópica del colágeno [...] y sobre esta base hemos avanzado nosotros”.

La contestación de Torrent-Guasp no se hace esperar. El 29 de mayo de 1996 inicia su carta expresando:

Por supuesto me acuerdo de ti. Eres de las pocas personas con las que he podido hablar sobre anatomía del corazón; la mayoría de los cardiólogos nunca lo han visto ni tenido en sus manos [...] Te adjunto varios documentos con un modelo elástico del corazón, fiel reproducción de las vicisitudes morfológicas del miocardio ventricular. [...] Todavía conservo el pequeño cuchillo que, sacándotelo del cinto, me regalaste. Estoy esperando utilizarlo para cuando pueda tener un buen churrasco ante mí.

El 3 de junio de 1996 escribe Luis Becú:

Saberte vivo y además muy activo me ha dado una especial alegría. Conocer tus recientes andanzas, una inevitable envidia. He colocado en la puerta de entrada del laboratorio un “grito de guerra”. Dice así: “No physiological theory can be true unless it gives a complete and final explanation of all points of structure” [Ninguna teoría fisiológica puede ser verdad a menos que dé una explicación completa y final de todos los puntos de la estructura], William Harvey en *De motu cordis*, 1628 [...] Estas son palabras de quien es considerado por todos como el iniciador de la fisiología científica [...] este mismo concepto, que la función es subsidiaria de la morfología, dicho por mí hubiese justificado mi descuartizamiento a manos de mis amigos cardiofisiólogos. Así como está exhibido anuncia mi propósito sacrílego de cuestionar la misma esencia del modelo analógico que hoy en día se usa para describir e interpretar la función cardíaca”.

[Los] fascículos de músculo unos sobre otros pero en orientaciones discordantes han sido objetados de diversas maneras, pero una objeción básica es que si fuese cierto la fricción entre ellos sería grande, calorífera y derrochante de energía [...] lo que nos hacía falta es un mecanismo lubricante antifricción [hay] un vasto sistema de espacios sanguíneos planos y lacunares dispuestos útilmente en los resquicios entre láminas y bandas de tejido muscular [...] tienen amplia comunicación con las venas coronarias [...] y lo que es mucho más significativo e interesante con la luz de ambos ventrículos a través de las fantasmales venas de Thebesius.

Yo reconocí intuitivamente la organización del miocardio en fascículos, láminas y bandas al verlas deformadas para compensar exitosamente la función del feto alterada por una malformación congénita. Y allí el destino puso en mis manos tu librito *El ciclo cardíaco*.

Al final de la carta, ante la necesidad de digerir el colágeno perimiocitario, expresa: “Me pregunto si no es que tú ya has recorrido este camino, sin desmedro de las virtudes de la técnica ancestral del hervor acidulado. ¿Quién sino tú puede saber algo sobre disolución del colágeno?”

Francisco Torrent-Guasp contesta en la misma fecha, por fax:

La primera pregunta que me hago es ¿ha sido o puede ser cuantitativamente valorada la fricción interfascicular? Porque salvo en dos áreas muy concretas (una de ellas la ocupada por las fibras aberrantes y la otra correspondiente al tabique interventricular), en las cuales las fibras contiguas quedan adosadas cruzadas en ángulo recto, en el resto del gran contingente de fibras constitutivo del miocardio ventricular los fascículos adyacentes corren en paralelo acusando simultáneamente todos ellos progresivo retorcimiento, que es la causa determinante de las dispares dispo-

siciones adoptadas en el espacio por los fascículos no adyacentes correspondientes a una misma región topográfica. Es decir, ¿qué valor puede tener la fricción habida entre dos fascículos paralelos que entran simultáneamente en contracción? Ignoro... Respecto al problema de la disolución del colágeno solo puedo decirte que, tras 43 años, he llegado a una conclusión. El mejor procedimiento consiste en una adecuada ebullición de la pieza, sin más [...] señalo la ineludible y siempre coherente correlación existente entre la forma y la función de todo órgano, es decir, ambos, tú y yo, hemos recalado en aquel mismo hecho, la interrelación morfofuncional [...] pero muy pocos se han percatado de la misma.

El 11 de julio de 1996 Torrent-Guasp envía una carta a Becú que inicia con “constato en la redacción de tus cartas que tienes cierta proclividad innata a la poesía, un hecho que no podría ser de otro modo dada la sensibilidad que muestras hacia los problemas del corazón”. Luego Torrent-Guasp vuelve a referirse al trabajo anatómico:

El tejido conjuntivo, andamio que apresa al miocardio, representa por supuesto un obstáculo para la disección [...] pero la disección de las piezas fijadas en formol presenta otra dificultad: la rigidez adquirida [...] Me pregunto: ¿no sería mejor lograr aquella disolución del conectivo con el agua y el calor suministrado por la ebullición en los corazones frescos? [...] las piezas anatómicas perennemente elásticas [se logran] si mal no recuerdo [en una] solución a base de glicerina.

La siguiente epístola hallada es una carta enviada por Torrent-Guasp a Becú el 9 de septiembre de 1996 en el que le informa haber leído su trabajo “El colágeno en el miocardio”, publicado en la *Revista Argentina de Cardiología* (vol. 64, Nº 3, 1996, pp. 223-243). En el inicio expresa con comicidad: “Creía que ya nada querías saber de mí”. Luego introduce un concepto de

la física que la medicina ha sido renuente en adoptar. Textualmente dice: “Creo que el conocimiento de la estructura y función del tejido colágeno motor abre un nuevo camino en el campo que yo llamo cardiología cuántica”. Sobre la duda en la disección de la banda miocárdica, que siempre fue un escollo en la aceptación de sus ideas, es concreto su parecer: “Es mejor ver las cosas sobre el terreno, con un corazón en la mano [...] tendréis que destrozar algunos corazones antes de poder conseguir una disección limpia y demostrativa. Cuando lo logréis no discutiréis más sobre el asunto, tal como ya ha ocurrido en Alemania o Estados Unidos”. Concluye con una deuda pendiente del viaje que siempre deseó hacer a la Argentina: “Debo decirte, sin embargo, que aun resultando para mí muy atrayente la idea de conocer la Argentina, cada vez me supone un mayor esfuerzo viajar”.

Luis Becú cursa la respuesta el 22 de septiembre de 1996, en la que se sincera: “Llevo ya destrozados un par de cientos de corazones, incluyendo más de un ejemplar de cardiopatías congénitas con maravillosas distorsiones de las bandas fasciculares”. Finaliza la carta con: “[Estoy] por dar una conferencia dentro del Congreso Argentino de Cardiología. Se titula «El miocardio es helicoidal» [...] ya te contaré las reacciones que produzca mi conferencia que cae sobre oídos poco advertidos, como te imaginas”.

Torrent-Guasp, luego de un tiempo sin comunicación, debió de haber quedado con el dilema sobre la suerte corrida en la conferencia por su amigo. Es lo que relata en una escueta nota que le envía el 22 de diciembre de 1996: “[Deseo] saber si has sufrido algún percance que explique tu prolongado silencio, toda vez que me temo te hayan encerrado o algo parecido, tras pronunciar tu conferencia «El miocardio es helicoidal» (Congreso Argentino de Cardiología)”.

Becú contesta con inmediatez (24 de diciembre de 1996), en lo que sería la última correspondencia entre ellos, ya que fallecería poco tiempo después, en junio de 1997. Expresa:

Mi prolongado silencio se atribuye a dos circunstancias: no tengo nada inteligente que valga ser dicho, y pasada mi confe-

rencia me deslicé hacia una especie de colapso espiritual del cual terminaré saliendo con mi disfrute en las Sierras de Córdoba. Mi exposición cumplió con reafirmar la real arquitectura del miocardio y proponer bases morfológicas, una nueva interpretación de la mecánica cardíaca bien distinta de la de Starling-Wiggers. Introduce el concepto de velocidad e inercia de un fluido viscoso en lugar de considerar sus hipotéticas presiones (que varían en cada lámina fluida espiral y pulsátil). Desaparecen los períodos isométricos y el volumen residual, y reaparece la aceleración diastólica por succión. Te hubiera divertido a ti en especial ver las caras y escuchar los comentarios. Tú recibiste amplio crédito a tu trayectoria, a punto de explicar tus disecciones. Un abrazo que se prolonga por más de un mes, de tu amigo.

Esta sería la última comunicación de una serie de epístolas que tuvo de protagonistas a tres grandes creativos de la cardiología. Fue iniciada por Pedro Cossio, quien al conocer los trabajos de Torrent-Guasp sobre la banda cardíaca le cursó una invitación para el Congreso Mundial celebrado en Buenos Aires en 1974 a través de la secretaria que ejercía Luis Becú. Luego se prolongaría en cartas de indudable contenido científico y humano. Ellas deben considerarse un complemento de reflexiones que el positivismo del lenguaje y la forma científica basada en la inmediatez privan de ser enriquecidas. En el párrafo final de esa última comunicación entre los protagonistas expresa el mismo Luis Becú a su amigo Francisco Torrent-Guasp: “Tú sabes lo horrorosamente difícil que es decir ¡todo! en pocas páginas”.



6

Denia

• • • • •

Atardecer a la entrada en el regreso a Denia. Esperamos con Jesús Herreros a Pedro Grimalt, viejo amigo de Francisco, director de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) de Denia desde 1980 hasta 1994 y catedrático de la Escuela Universitaria de Biomatemática de la Universidad de Alicante. Él nos acercará al hogar de los Torrent, apóstoles custodios del santuario de investigación en la casa familiar que habitó el explorador del corazón desde 1974.

Francisco nunca pensó en residir en Madrid. ¿Resabio de la pérdida de sus padres? Su carácter inquieto, inclinado a la reflexión y al conocimiento como verdad exenta de interés, lo alejaba de una gran ciudad. Y Madrid era una gran urbe. Bulle de gente como un hervidero de inmediatez detrás de la vida diaria, dura, a veces impiadosa. Él, que deseaba ser un labrador, amaba la tierra que se desgrana entre los dedos. Y que es simiente en esa comunión entre hombre y greda. Entonces el hombre la acaricia con los surcos del arado, se hinca y la fecunda con la semilla, riega por la lluvia y venera sus frutos. Las ciudades no palpan la tierra. El cemento cubre su rostro y estrecha los cielos. La tierra y el corazón fueron las obsesiones de Francisco, la misma pasión para las semejanzas que ostentan. La concepción humana de su existencia hizo que el corazón fuese con su esfuerzo un campo de cultivo. Los frutos los fue madurando para las próximas generaciones.

Luego de años, entre 1955 y 1970, de un permanente recorrido por diferentes lugares decidió estacionar su residencia definitiva en Denia, “la ciudad del ciprés dormido”, como la denominaban los fenicios. Y es así. Si se llega desde el mar, el peñón que domina toda su geografía y que recibe el nombre de Montgó simula un árbol con su fronda y el tronco recostados a lo largo de la costa (imagen 10). Esta geografía ejerce un gran impacto visual. El principio de su estancia en Denia, como invariablemente sucedía en la vida de Francisco, fue turbulento. Al instalarse, el Colegio de Médicos extendió una orden por la cual no se le permitía realizar visitas médicas domiciliarias. Esta situación llegó a extremos impensados. En una ocasión en que un niño se ahogaba Francisco concurrió a su auxilio. Los colegas no solo no justificaron su proceder sino que además tuvo que soportar de la mayoría de ellos el denuedo que demostraron y una instancia legal de la asociación que los nucleaba. Francisco estaba con su pensamiento mucho más allá de esas pequeñeces en que los hombres suelen detenerse. Justamente en la primera página del libro publicado en 1954, *El ciclo cardíaco*, cuando aún era estudiante en Salamanca, hay una dedicatoria de contundente claridad: “A todos los millones de seres humanos muertos en los últimos 10.000 años con hambre y sed de justicia”. Al momento de leer este párrafo me quedé detenido antes esas palabras largo rato. ¿Quién podría dudar de que Francisco no solo estaba para reflexionar y comprender esa máquina humana que es el corazón, sino también el “corazón del hombre”, eso que llamamos el “factor humano”?

En Denia dividió su quehacer entre tres sitios: el Instituto de Bachiller Técnico Laboral (hoy Biblioteca Pública Municipal) (imagen 11), edificado debajo de un castillo islámico,⁹ el que aún con sus ruinas otea la llegada de los extraños desde el mar, y donde se le permitió continuar con su investigación cardiológica; la casa de consultas situada en Carrer del Marqués de Campo 21 (imagen 12), donde nacieron sus hijos Santiago (1966) y

9. Esta fortificación, de origen musulmán andalusí, se remonta a los siglos X y XI.



10. Denia, “la ciudad del ciprés dormido”, desde el mar Mediterráneo.

Francisco (1967), y la casa que construiría en Partida de la Plana 63. Internaba a los pacientes en la clínica San Carlos, que aún luce gallarda en lo que era un huerto de naranjos. En ese tiempo la ciudad de Denia contaba con veinte mil habitantes. En el Instituto permaneció desde 1965 hasta 1974. A partir de ese año el resto del trabajo de investigación lo realizó en el estudio de su casa. Al asentarse y disfrutar de una cierta estabilidad, volvió a las disecciones en gran diversidad de corazones de animales y al estudio de la problemática planteada por el entendimiento



11. Biblioteca Pública Municipal de Denia.



12. Placa que se hallaba en su consultorio de Marqués de Campo 21.
Actualmente está en su laboratorio en Denia.

de la estructura miocárdica ventricular. Concurría luego del trabajo de todo el día en el consultorio. “Solía ir a buscarlo a altas horas de la noche con un bocadillo mientras él no se apartaba de la disección de las fibras del corazón”, rememora su esposa Teresa. Pepe, el conserje del Instituto, le proveía de los corazones que traía desde Gandía.

Francisco diseccionó corazones de toda especie de animales: bóvidos, caballo, perro, cerdo, oveja, gato, gallina, tortuga, lagarto, peces y obviamente humanos. En este aspecto recuerda a Claudio Galeno. El pergamino diseccionó todo tipo de animales, hasta un elefante. Sin embargo, por hallarse prohibidas las autopsias en Roma (siglo II d.C.), solo pudo hacerlo en un cadáver que halló flotando tras una inundación que arrastró a un sepulcro.¹⁰

Los resultados de estos trabajos de Francisco fueron publicados en la *Revista Española de Cardiología* en cinco sucesivas comunicaciones con un título común: “Sobre morfología y funcionalismo cardíacos”. En ellos aparecen expuestos diversidad de nuevos datos morfológicos, sólidos puntos de apoyo que más adelante permitieron evidenciar la banda muscular ventricular.

Su casa familiar definitiva en Denia, donde se mudaron hacia 1973, quedó instalada en Partida de la Plana 63. La casona, de absoluta creatividad suya en el diseño, al comienzo contaba solamente con un pequeño espacio construido en lo alto. El resto se fue haciendo hasta constituirse en una formidable vivienda con un amplio parque rebosante de altos árboles y un verdor que dan el aspecto de un lugar plácido dotado de una magia que cautiva. Ese espacio primario de construcción en lo alto se convirtió en el altillo donde Francisco instaló el laboratorio de trabajo, dejando el Instituto que le sirvió a ese propósito durante prolongados años.

Ese altillo, transformado en centro de investigación, de amplios ventanales, domina todo el parque a su alrededor. Allí y hoy, como fue en el ayer, están sus libros, un archivo que sorprende por la cantidad de pro-

10. Ver Jorge C. Trainini, *La circulación de la sangre: epopeya de un descubrimiento*, Buenos Aires, Aventis.



13. Escritorio de Torrent-Guasp en Denia.



14. El laboratorio de Torrent contiguo al escritorio.

minentes científicos con quienes mantenía correspondencia, sus modelos de la cuerda cardíaca, dibujos de alta calidad, corazones conservados que tienen el sello de su paciente y genial disección y aún... aún la máquina de escribir Olivetti inseparable en la transmisión del conocimiento al papel. Paco, su hijo, agrega al contemplarla: “Mi primer recuerdo de vida es sonoro, fue escuchar a mi padre tipear en ella”. El lugar es acogedor, tiene ese éxtasis que produce saber del trabajo de Francisco, de contemplar el sitio donde pasaba el mayor tiempo de su vida. Las historias que desgrana su familia mantienen presentes su palabra y su trabajo. Si se agudiza el sentido, quizá imaginemos aún a Teresa desde la planta baja anunciarle: “Paco, ya están los corazones hervidos. ¿Te los subo?”. Es que ella era la encargada de ponerlos a punto bajo una prolongada cocción con agua acidulada. Paco recuerda que siendo aún pequeño les quitaba la grasa para que su padre los diseccionara.

El laboratorio de Denia en el altillo de amplios ventanales revela la pasión de Francisco por los afectos que lo rodeaban (imágenes 13 y 14). Convivía con las cosas que lo habían acompañado en la vida. Croquis, modelos, las placas de médico de su padre, la suya, dibujos de sus nietos. Al abrir la puerta de un escaparate debajo de una de las bibliotecas, asomó un maletín amarronado. Gastado por los años, su color ya no era uniforme, pelado el cuero en sus puntas y perdida la estética de su forma por los pesos que había soportado en su existencia, produjo en mí una atracción. No fue fortuita esta sensación. “En él llevaba los corazones disecados”, me explicó su hijo. El maletín se había deslizado unos centímetros desde su cobijo de años en el interior oscuro del mueble. Ya no salía de gira a las conferencias. Añoraba quizá los viajes a tantos lugares, esa vida de movimiento. Me pareció que la presencia melancólica del maletín en ese lugar de quietud era una denuncia al dolor de su dueño ausente, lo mismo que una caja donde apoyaba su viejo cuero y en la que estaban guardadas las tabaqueras vacías de las pipas que solía fumar en silencio.

Hasta este momento la evidencia de la banda ventricular no supuso la finalización de sus trabajos anatómicos. Faltaba precisar algo muy impor-

tante, la localización del principio y fin de la banda, hecho que no pudo ser acabado hasta mediados de la década de 1970, unos veinte años después de haber iniciado las investigaciones. Él mismo expresa esta cronología en un material escrito en la intimidad y hallado circunstancialmente en su laboratorio de su casa de Denia al referirse a ese corazón de Salamanca en 1953 que fue el origen de su investigación: “*Multitud de posibilidades funcionales distintas a las sugeridas por la interpretación clásica se agolpaban en mi cabeza y empecé a tirar del hilo, un largo hilo a cuyo final he podido llegar 45 años después*”. Según sus propias palabras, “*a tal hallazgo contribuyó la composición de una monografía titulada The Electrical Circulation desarrollada en 1969 y publicada en 1970*”. Así, unos años posteriores—hacia 1974—llegaba a desentrañar un hecho capital en su investigación: el de precisar el inicio y el final de la banda muscular que constituía los ventrículos.

El trabajo *The Electrical Circulation* (Valencia, Fermar, 1970) se centraba en el estudio de la filogenia del aparato circulatorio y exponía la idea de que en dicho sistema coexisten dos circulaciones, la sanguínea y la eléctrica. Más adelante, en una nota escrita de puño y letra, Francisco expresa:

Me resulta enternecedor pensar que, a pesar de aquel tan expresivo título de la referida monografía, trate de ocultar, a lo largo de sus páginas, la idea de la circulación eléctrica que solo aparece tímidamente expresada al final. Es que abrigaba la esperanza de poder yo, algún día, demostrarla experimentalmente, hecho que tuvo lugar en Londres, en el National Heart Hospital, en un paciente al que el doctor Donald Ross estaba implantando un puente coronario. El hemodinamista, creo que Ricart era su nombre, siguiendo mis instrucciones colocó en los vasos femorales, que aparecían expuestos en el triángulo de Scarpa, sendos electrodos, uno en la arteria y otro en la vena. Pudo así ser comprobado que la entrada en negatividad de la arteria precedía claramente a la vena.



15. Teresa Torrent y Jorge Trainini durante la entrevista en Denia.

Su creatividad para diseñar la casa de Denia no es una disposición extraña en su personalidad. Incluso llegó a tener dos patentes: un tapón especial para que no perdieran las botellas el gas y un mecanismo contra las heladas que azotaba los naranjos, recurso fundamental en la economía del lugar.

Por este sitio del altillo en Denia pasaron prominentes figuras del arte médico, entre ellos Donald Ross, Pedro Zarco, Juan Cosín-Aguilar, Luis Becú, Jane Somerville, Francesc Carreras, Antonio Llombart, Pedro Grimalt, Gerard Buckberg, Daniel Streeter (imagen 16).

En esa altura, por encima de los altos árboles, fue solidificando la idea que había iniciado en Salamanca con su primer escrito, *El ciclo cardíaco*. Se sucedieron las disecciones y el concepto fisiológico derivado de la estructura cardíaca. A la unidad entre estructura y función Francisco la sostenía enfáticamente. Así, en una epístola a Luis Becú



16. Torrent-Guasp (sentado) y Francesc Carreras (cardiólogo de Barcelona).

del 3 de junio de 1996 señalaba la inevitable comunión entre anatomía y fisiología del corazón.

Estos resultados, de una investigación ineludible en el tiempo, fueron mostrados por Francisco con su generosidad habitual a Daniel D. Streeter. Tiempo después expresaba: “El que contribuyendo [Streeter] a la difusión de mis investigaciones inició un estudio dirigido a precisar la expresión matemática de la estructuración del miocardio ventricular cuya evidencia anatómica acababa de completar”. Con gran extensión en el texto y gran profusión de figuras de Torrent-Guasp (diversidad de esquemas y reproducciones fotográficas de preparaciones anatómicas) en 1979 publicó Streeter ese estudio en el *Handbook of Physiology* que llevaba por título “Gross morphology and fiber geometry of the heart”.

Al carecer de todo tipo de recursos económicos para poder llevar a cabo estudios fisiológicos experimentales, inició una serie de disecciones tratando de precisar las circunstancias arquitecturales determinantes de la configuración de los músculos papilares. Francisco Torrent-Guasp abrigaba la esperanza de poder hallar algún insospechado hecho anatómico que, de algún modo, confirmara, o al menos justificara, aquella suposición. Él mismo lo aclara:

Los resultados obtenidos, con los que me tuve que conformar, indicaban claramente que las fibras constitutivas de los músculos papilares procedían de la mitad interna de la pared ventricular a la que, debido a tal incontrovertible hecho anatómico, obligadamente atribuí también una significación funcional diastólica. Y tal diastólica significación solo podía ser una: la de expandir las cavidades ventriculares succionando de este modo la sangre contenida en las aurículas.

Ante esta reflexión pasó a valorar los diversos factores habitualmente argüidos para explicar el retorno venoso, una valoración que indicaba claramente la ineludible necesidad de la intervención de otro factor

más expeditivo y eficaz que los enumerados y endeblemente argumentados en los razonamientos expuestos en libros de fisiología. Llegó así a pensar que tal factor no sería otro que el representado por una succión ventricular diastólica. Solo mediante la intervención de tal acción, que encajaba plenamente con aquella supuesta expansión de las cavidades ventriculares –atribuida por Francisco a la actividad contráctil de la parte final del segmento ascendente de la banda miocárdica–, podía ser justificado el retorno de la sangre y el decreciente gradiente tensional registrable a lo largo del árbol venoso desde la periferia al corazón.

De este modo, en su investigación, el corazón pasó a ser para Francisco no solo el motor responsable de la progresión de la sangre a lo largo de las arterias (*vis a tergo*) sino el causante de la circulación de la sangre a lo largo de las venas (*vis a fronte*). Sin saberlo, adoptaba una posición intermedia apoyada, por un lado, en la unilateralidad de lo postulado por Harvey, para quien solo la *vis a tergo*, consecuencia de la constricción ventricular, tenía realidad en el aparato circulatorio, y, por otro, en la afirmación no menos unilateralmente mantenida por Erasístrato de Ceos y Claudio Galeno, para quienes la dilatación ventricular, causa de la *vis a fronte*, era la principal acción desarrollada por el corazón.

Luego de veinticinco años de continuas disecciones de diversidad de corazones humanos y de otros mamíferos, logró precisar:

La musculatura ventricular del corazón viene representada por un conjunto de fibras musculares, retorcidas sobre sí mismas a modo de una cuerda lateralmente aplastada, que definiendo una helicoide con dos vueltas de espiral delimita en su discurrir desde la raíz de la arteria pulmonar a la raíz de la aorta dos cavidades, el ventrículo derecho y el izquierdo.

Un indudable paso para la enseñanza de la banda miocárdica fue lograr en 1993 la construcción de un modelo elástico del corazón, realizado

con silicona, el cual facilita un rápido entendimiento de la arquitectura espacial del miocardio ventricular.

En junio de 1995 Francisco organizó en la Universidad de Alicante, con la ayuda de Juan Cosín-Aguilar y el matemático Pedro Grimalt, amigo suyo de la infancia, el First Workshop on Cardiac Structure and Performance, que contó con el patrocinio de las sociedades valenciana y europea de Cardiología. Al evento acudieron 48 investigadores de todo el mundo.

La evidencia de esta estructura ventricular no supuso para el investigador de Denia el alcance del objetivo final perseguido desde un principio, el de explicar el paradójico hecho de cómo mediante una contracción podía el corazón aumentar el volumen de sus cavidades ventriculares. Fue necesario el paso de otros veinte años, durante los cuales formuló y abandonó muchas hipótesis, para poder llegar a precisar el modo en el que tiene lugar tal fenómeno.

Circunstancialmente, fue en el hospital Ruber Internacional, en el Servicio de Resonancia Magnética del doctor Herráiz, donde casualmente observó a principios de 1998 la película de un corazón latiendo captado por la resonancia. Contemplando dicho estudio, pudo analizar los cambios de forma de las paredes ventriculares, los movimientos de cierre y apertura de las valvas aurículo-ventriculares, la entrada y la salida de la sangre en las cavidades.

A Francisco de inmediato le llamaron la atención, en aquella filmación, dos circunstancias. Por un lado, paradójicamente, la base ventricular, amarrada a las aurículas y a la arteria pulmonar y aorta, acusaba en cada ciclo un manifiesto desplazamiento de descenso y ascenso, mientras el ápex, libre de toda atadura, permanecía prácticamente inmóvil. Por otro lado, resultaba igualmente sorprendente comprobar cómo el diámetro transversal de los ventrículos no acusaba variación alguna valorable a lo largo de todo el ciclo cardíaco. Es decir, en contra de lo que había sido impartido en la mente de todos, la disminución y el aumento del volumen de las cavidades ventriculares no tenían lugar mediante una respectiva constricción y dilatación provocada por un correspondiente decremento

e incremento del diámetro transversal de los ventrículos; aquellas variaciones del volumen de las cavidades ventriculares eran fundamentalmente debidas al acortamiento y alargamiento de la masa ventricular, hecho señalado por aquel descenso y ascenso de la base.

La explicación de tan sorprendentes hechos era evidente. La lazada basal, actuando como un cilindro móvil, telescópicamente descendía y ascendía abrazando a la lazada apexiana. Tenía así lugar, respectivamente, un alternante decremento e incremento del volumen de las cavidades ventriculares, causa de la correspondiente expulsión y succión de la sangre. El descenso de la base es consecuencia de la contracción del segmento descendente de la lazada apexiana, mientras su ascenso es determinado por la subsiguiente contracción del segmento ascendente, contracción esta última que actúa, en palabras de Pedro Zarco, como el prominente punzón central de un tridente que arrastra tras sí a los ventrículos.

De inmediato, casi sin mediatizar tiempo alguno, Francisco dispuso de una incontrovertible comprobación experimental que venía a refrendar, al disiparse toda posible duda, la interpretación de la mecánica cardíaca pergeñada por los datos morfológicos proporcionados por los estudios anatómicos y los datos dinámicos que le suministró el film de la resonancia magnética visto en el hospital Ruber Internacional.

Por aquel tiempo era todavía desconocida la existencia de la banda miocárdica con relación a la función cardíaca, aunque Francisco ya disponía de un gran contingente de insospechados hechos morfológicos, hasta entonces desconocidos, que le permitirían, tres o cuatro años después, evidenciarla.

Con el conjunto de las investigaciones morfológicas, resultado de los estudios anatómicos desarrollados a lo largo de veinticinco años, los datos dinámicos facilitados por el estudio de películas captadas por resonancia magnética y los hallazgos experimentales precisados por John A. Armour y Walter C. Randall –quienes desconocían por completo la estructuración y la mecánica ventricular–, cuarenta y cinco años después de haber sido iniciados aquellos trabajos anatómicos fue posible alcanzar el entendimien-

to del modo en que el corazón lleva a cabo, mediante correspondientes contracciones, su doble misión: la de expulsar y succionar sangre. De este modo el corazón no funciona mediante alternantes constricciones y dilataciones sino mediante alternantes acortamientos y alargamientos.

Lo insólito y sorprendente es que aquellos resultados experimentales obtenidos por Armour y Randall señalaban e identificaban funcionalmente la lazada basal, de la que hablaban como “the outer stiff shell” (“la rígida coraza externa”, en clara referencia al cilindro constituido por la lazada basal), y la lazada apexiana, que señalaban como “the bulk of the myocardium” (“la mayor parte del miocardio”, la restante masa miocárdica representante del pistón constituido por la lazada apexiana).

El primordial motor de la circulación es el corazón; a su vez, el motor del corazón está radicado en los ventrículos y, por último, el motor de los ventrículos viene representado por la lazada apexiana, cuyos segmentos descendente y ascendente originan, mediante su sucesiva contracción, el descenso y el ascenso de la lazada basal, causas respectivas del acortamiento y alargamiento de los ventrículos.

A este respecto una interpretación de Torrent-Guasp, al ser el corazón el responsable primordial de la circulación de la sangre, expresa:

Existe otro motor que también contribuye al desarrollo de tal circulación, la onda peristáltica objetivada por el pulso arterial (radial, carotídeo, tibial posterior, etc). Tal onda empuja ante sí a la sangre recorriendo incesantemente el lecho vascular igual que lo hiciera antaño cuando en solitario, sin ayuda de corazón alguno, representó la señera expresión funcional de aquel primigenio aparato circulatorio surgido en nuestros ancestrales antecesores, los primeros gusanos.



7

La conferencia ansiada

• • • • •

Francisco estaba feliz con la invitación para la reunión de electrofisiología. El congreso “Atrial fibrillation, sudden death and heart failure” se realizaría en el Palacio Municipal de Congresos de Madrid, del 24 al 26 de febrero de 2005, bajo la organización de Jerónimo Farré, Concepción Moro, José López-Sendón y Juan Tamargo. Siempre había ansiado hablar con los cardiólogos para explicar que la contracción del corazón empezaba en el tracto de salida del ventrículo derecho y corría por toda la banda hasta su terminación en la aorta. Obviamente los estudios con nuevas tecnologías modificaron algunos de estos conceptos que él no llegó a poder explorar, pero confirman en gran parte el modelo anatómico-funcional del corazón que su genio pergeñó. Según Francisco, de esa manera funcionaba el “pistón cardíaco”. Así que partió a Madrid a pesar de que llevaba semanas en una silla de ruedas por una molesta y pertinaz ciática. Lo acompañaban Teresa y su hijo Paco.

Mientras la carretera ondulaba rumbo al centro de la península, Francisco iba rememorando el tiempo pasado. Desafíos y complacencias se habían ido encadenando en la aceptación de su teoría a pesar de tantas negativas e indiferencias a un disenso constructivo. Se había sobrepuesto en su investigación, desde esa noche en Salamanca, a todas las condiciones de rechazo que se escalonaron en la prosecución de su teoría.

También entendía que todo comienzo es incompleto. Por lo tanto, la historia como hecho trascendente humano permite esperar un ascenso en

su universalidad, ya que debemos asimilar que toda verdad es mediación. La historia para Hegel es necesaria, negativa, de superación, permanente, de totalidad, teleológica. Esta afirmación del filósofo de Jena en el sentido negativo del hombre se contradice y reafirma, se reafirma y se contradice, porque hay alinealidad en la historia humana. Francisco había vivido su experiencia asimilando que la contradicción del hombre surge de su razón/deseo. Y esto es antinómico, porque la razón no entiende que la historia se construye con el elemento pasional. Con el ahínco de un predestinado fue superando cada resistencia hasta llegar a esta conferencia del congreso de electrofisiología, lo que había ansiado desde siempre.

A las 19.05 inició la conferencia que llevaba el nombre de su gran amigo Pedro Zarco y que tenía como título “Ventricular filling is the consequence of an active muscular contraction: effect of CRT” (“El llenado ventricular es consecuencia de una contracción muscular activa: efecto de la resincronización cardíaca”). La disertación fue atrevida, propia de un líder, exultante. Disertó durante cerca de una hora ayudado por su hijo Paco en la preparación del material que iba mostrando. El aplauso de todo el auditorio se constituyó espontáneo y de pie. Conmovedor como un presentimiento que está más allá de lo conocido. Largo rato firmó autógrafos a los concurrentes. Se hallaba pletórico por el recibimiento que se le había ofrecido.

Paco cruzó con Francisco la calle hasta el hotel donde Teresa esperaba para concurrir a la cena del congreso. El evento de clausura se haría en los palcos de honor del estadio Santiago Bernabeu. Torrent estaba pleno de felicidad. Le exclama a ambos: “¡Por fin! Esto ha sido muy importante para mí en España”. En forma imprevista se siente acalorado. Pide que le quiten el corbatín y desabrochen la camisa. “¡Médico... médico... médico...!”; se escuchan los pedidos de Paco y Teresa. Había varios colegas participantes del congreso en los pasillos del hotel. La reanimación ante lo fatal resulta infructuosa. Era el 25 de febrero de 2005. Murió poco después en el hotel al finalizar de dictar su última conferencia, la que más esperaba y, como cruel ironía del destino, el postrer acto de su vida.

Jerónimo Farré firmó el certificado de defunción. En Madrid descansa junto con su madre Purificación en el cementerio Nuestra Señora de la Almudena.

Francisco siempre pensó que su cultivo científico, a pesar de las inclemencias que tuvo que soportar, llegaría a consolidarse más allá de su vida. De manera paradójica el gran reconocimiento que se le tributó, luego de su conferencia de ese día, 25 de febrero de 2005, fue el momento apenas anterior de su muerte. Esa disertación fue para él una verdadera aceptación de la banda cardíaca y los aportes funcionales que había ido logrando. Este comportamiento no es inusual en la creatividad científica. Los talentos no nacen justo en el tiempo más favorable a sus ideas; deben batallar contra el orden imperante poco proclive a tolerar los cambios.

Poco tiempo después de su fallecimiento, el 28 de mayo, en la ciudad de Liverpool se le rindió un sensible homenaje organizado por el hospital Alder Children's y la universidad local, bajo el título "Los nuevos conceptos de anatomía y fisiología cardíaca" y un subtítulo sugerente, "La antorcha de Francisco Torrent-Guasp". Mladen Kocika, el coordinador del encuentro, consideró en el evento que la banda miocárdica ventricular era "un bing-bang científico que no solo resuelve algunos de los secretos de la anatomía cardíaca que han permanecido ocultos durante siglos sino que además explica ingeniosamente la armonía entre forma y función dentro del corazón". Tres años después de su muerte se editó un documental, debido al empeño de su yerno Agustín Mezquida, denominado *El hombre que desplegó mil corazones*, lo que contribuyó a la difusión de su labor.



8

El artista

• • • • •

Estamos en la planta baja de la casa de los Torrent, en Denia (imagen 17). Ingresamos a un espacio amplio y en tinieblas, aledaño a la planta principal. La antigua puerta chirría al abrirla, quizá sorprendida de los extraños que vienen a usurpar la paz del enorme cuarto. Hay fantasía en ese acto de entrar al espacio con Pedro Grimalt, el amigo de Francisco, y Paco Torrent, el hijo. Se me figura un santuario. Parece desierto, pero en las paredes está el motivo y la explicación de permanecer casi a oscuras. Enormes cuadros de dos metros de lado cubiertos por lienzos van apareciendo a medida que Paco los va desvistiendo y les va dando luz. Ahí está su técnica “luminia” desplegada en toda la extensión de la estética. Pinturas con las imágenes tridimensionales de las calles y sus casas; de los nostálgicos lugares que entrega la vida. Sin figuras humanas tienen un carácter místico con la calma que entregan los paisajes de las aldeas. Una tregua ante el ajetreo del hombre.

“Luminia” es una técnica que empleaba Francisco por su necesidad de expresar la realidad o la percepción de esta. Su hijo Paco aclara sobre ella:

Está basada en tres dimensiones en que la ubicación de la luz propia de la obra tiene gran protagonismo. Surgió en él a finales de los años 70 mientras se hallaba enfrascado en una expansión intelectual. Así también escribió una obra literaria que tituló *Las dos evoluciones del hombre* y que no quiso pu-

blicar en vida. Allí habla de la existencia y su desarrollo hasta nuestros días, del origen, el sexo, los números, la religión, la familia. Me encargó que la publicase llegado el momento en que el reconocimiento a su trabajo sobre el miocardio fuese irrefutable. De momento, seguirá inédita.



17. De izquierda a derecha: Pedro Grimalt, Jorge Trainini, Jesús Herreros, Teresa Torrent y Paco Torrent (hijo) en la casa de Denia.

En su pintura los puntos de fuga están siempre presentes en lo alto, en la inmensidad de los cielos. No parecen delatar las sombras de las pinturas una hora definida. Las alturas cósmicas parecen haberse estacionado en la eternidad que tienen los pueblos cuando los recorreremos. ¿Adónde van las historias que traza la gente? Las casas saben que por sus calles acontecen los hombres. Desde los balcones los han visto siempre pasar y perderse en la perspectiva, con solo esperar. Al entornar la puerta tuve la sensación de que los cuadros volvían desde las callejuelas apenas iluminadas

al secreto atemporal, envueltos en ese encantamiento con que los había dotado Francisco, recelosos de los ojos avizores y extraños que intentan desentrañar su misterio. Le digo a su hijo Paco: “Creo que deben salir de aquí y ser mostrados. No pueden quedar ocultos en esta oscuridad”. “Están hechos para que la claridad sea el contraste ante su belleza”, me contestó convencido. Afuera el sol vertical del mediodía con su uniformidad sustraía los límites entre las formas.

Ya en el interior de la casa, proyectada íntegramente por Francisco, la hallamos engarzada en una creatividad que se extiende desde el corazón humano que exploró hasta el sentido de la vida. Desde ese sitio iniciaríamos ahora, no ya el recorrido del explorador del corazón, sino el de la vida artística y el ideario del investigador heterodoxo. Apenas ingresado, uno de sus cuadros me capturó (imagen 18). Ese túnel existencial que transita el hombre observando una realidad propia asemeja a la caverna de Platón. De pronto se enfrenta en su perspectiva final con la sombría nada representada por un cielo tan misterioso como inexpugnable. Hay algo más en el sentido de la obra. El ramaje asomando en el extremo es el verde que contrasta ante tanto gris humano y místico a la espera de hermanar el ser a lo natural.¹¹

Ese cuadro de Francisco Torrent-Guasp, curiosamente sin título, es una necesidad de hacer congeniar al hombre con la dignidad y aceptar su ubicación dentro de las leyes naturales, sin tener ninguna intención de interferirlas. En el ser humano esta posibilidad es remota. Inaccesible mientras se ampare en su desaparición física, como un puente a la eternidad espiritual; mientras no acepte que cuerpo-alma es una unidad indivisa, el estado que mantiene el entusiasmo por la existencia y atenúa la desesperación de la condición humana al no poder convertirse en el heredero de Dios. Por eso la hipocresía ocupa el lugar de su dignidad y de su ética.

11. Ver Jorge C. Trainini, “Francisco Torrent-Guasp”, *Revista Argentina de Cardiología*, vol. 85, N° 1, 2017.

Francisco ostentaba un talento innato para el dibujo. Lo certifican las láminas de los primeros años escolares que va desempolvando su hijo Paco en esta mañana luminosa que entra por todos los ventanales del laboratorio de su padre. Era un excelente artista plástico. Sus pinturas a las que aplicaba esa técnica de luz llamada “luminia” fueron expuestas en una muestra en París por interés de la Unesco en junio de 1992.



18. Obra sin título de 110 x 90 x 20 cm, técnica luminia, 1992, de Francisco Torrent-Guasp.

Es inevitable no ahondar en la producción artística de Francisco, más allá de su técnica, derivada del aspecto filosófico que delata su contemplación. En un círculo vicioso, la imaginación le impone al hombre la crueldad de un camino basado en el sufrimiento. Es la necesidad imperiosa de permanecer irreal, edificando su alienación, lejos del ejemplo natural que lo contiene. Este poder inventivo vulnera cualquier estructura moral y ética. Se encarama sobre la validez de la conciencia, de la realidad, y transforma al hombre en la búsqueda de un peldaño más. La imaginación le nace de adentro. Aflora visceral, en la ineludible necesidad de permanecer. Hasta el hecho de poner fin a sus días se le ha negado psicológicamente al hombre. El mandato de los dioses asoma por

cualquier resquicio. Cuando más vencido y derrotado, el ser humano no cesa en la búsqueda de su salvación. Aparece entonces la necesidad de transmitirse, perpetuarse en la descendencia. La procreación declara a la vida la desenfundada escalada de la imaginación, y dentro de ella el cenit de sus desvelos es la eternidad pretendida. A cualquier excusa acudió el hombre con tal de solazarse con su hechizo. A la cruzada de la fe, y también al trueque de su moral y ética natural por el “canto” y dogma de la salvación eterna. ¿Será este esfuerzo un camino inconsciente de asemejarse a Dios, o simplemente la desesperación de un condenado, que aun en el patíbulo sueña con otro destino?

Ante la conjunción estético-espiritual de la pintura de Torrent-Guasp no podemos dejar de soñar que mientras haya duda y azar los sueños son posibles. Es lo que el hombre ha encontrado de útil a la inevitabilidad de la muerte. La vida, en cambio, no tiene incertidumbre posible que nos permita fantasear en su destino. Comprender que cuerpo-alma es una unidad indivisible es el último sacrificio que le queda al ser humano en este extravío de vivir. Cuando él tenga la valentía de asumir definitivamente este concepto, revalorizará la existencia hacia límites impensados. Asimilará el estado de su evolución actual determinado por la oportunidad y el azar. Esta situación, de poder admitir la verdadera naturaleza, es trágica y cruel. Disfrazarla no la mitiga, solo le hace perder a la vida su exacto sinsentido. Esta ponderación constituye la única posibilidad de dignidad humana. Si bien es una víctima circunstancial, al hombre le cabe mejor asumir este rol que sentirse dependiente de la misericordia imaginada de lo sobrenatural.

El hombre establece un cisma con el resto de lo natural. La diferencia estriba en la imaginación que le impone a su existencia. El resto de la naturaleza asume y se somete al realismo de las circunstancias. Yace y subyace con ella. El hombre necesita suponer para sobrevivir, encaramarse en las utopías y desafíos. El mañana solo existe en él. El día después es una clara actitud figurativa. En cambio, la historia es la acumulación interesada de su vida. El mañana representa un fraude al deseo. Todo

esto se halla vertido en un contexto desesperado de la continuidad y en encontrar justificativos que la expliquen, la permitan. Por lo tanto, la imaginación es la actitud palpable de su desamparo. No asumirla es la actitud que atesoran los vencidos y los vagabundos. Los primeros, como medio para tolerar la angustia, la utilizan hasta el límite en que el miedo de *no ser* lo trasladan nuevamente a las batallas sin razón. El vagabundo ejerce la negativa a la fantasía como un acto sublime a esta indecorosa actitud de asumir la conciencia, de permanecer de pie ante quienes, con el poder de ser dioses, llevaron a la criatura humana a los límites más exasperantes de un juego inexplicado.

Lo único continuo es el tiempo o la sensación de él. Su transformación permanente. Todo lo demás se reinicia. Las secuencias se repiten, pero siempre en círculos algo diferentes, en trayectos disímiles. En cambio, la fragmentación piadosa de la existencia persigue la discontinuidad del tiempo. Como no podemos con su magnitud, apelamos a separar los incidentes de la vida en un acto paliativo para la angustia existencial. Fugamos hacia adelante porque es la única alternativa posible que le queda a la subsistencia. Las armas para soñar con estas quimeras, que nos permiten dividir y reiniciar la existencia, están en nuestra propia geografía. Y a ella nos adherimos como náufragos. Recuerdos y olvidos, memorias y desmemorias son sus tablas de salvación.

Estamos enquistados entre los miedos. Temores que parten de nuestra historia instintiva, que llegan de nuestros ancestros. Todo lo que nos rodea nos mantiene con los ojos abiertos, alertas. Tenemos recelo del sufrimiento, de padecer necesidades, de estar insatisfechos. Esto nos obliga a no mostrarnos como somos. La vergüenza es la connotación íntima del miedo, es una manipulación apenas perceptible. El terror es la máxima, ponemos en danza todas las defensas psíquicas y físicas. Todas estas aprensiones tienen que ver con la cotidianidad y llegan a ser soportables cuando en nuestra integridad se instala el miedo al *no ser*. Este nos inmoviliza. No tanto por el desconocimiento que de él tenemos, sino porque inevitablemente nos ha de alcanzar. No queremos tomar

conciencia del *no ser*, por eso pretendemos que sea rápido y mortífero, para no comprender qué es lo que sucede.

En realidad, la vida es fragmentaria, una sucesión de imágenes a las cuales nos cuesta darle continuidad. A veces esos cuadros no toleran ninguna relación con los que prosiguen. Una fractura los separa como correspondientes a vidas diferentes. No hay encadenamiento en esas representaciones que constituyen nuestras vidas. Parecen extraídas de otras existencias, de otros acontecimientos. En una vida se hace imposible unir los fragmentos que la constituyen. Hay varios abismos. Como si en el período de conciencia se naciera y muriera varias veces. La coherencia de esas imágenes entre sí es una utopía. Vivimos fragmentados. La única continuidad real es el tiempo. Estamos insertos en él, pero los hechos que se suceden pierden su encaje y vuelven a empezar. Esa es la característica de nuestras vidas. Lo azaroso, caótico, imprevisible e incierto son las líneas argumentales genuinas. Para poder comprender y visualizar esta naturalidad, debemos perder protagonismo. Ver lo que sucede como un espectador alejado de lo cotidiano. Estar preparado para lo inesperado. Las zozobras se suceden inevitablemente. Nada bueno presagia la calma. En la pintura de Torrent-Guasp el hombre observa desde afuera no solo su propia obra de vida sino que le agrega esa nostalgia con que la construye.

A semejanza de su pintura, las características de Francisco de conformar una personalidad renacentista, humana y científica lo llevaron a publicar ensayos que no fueron distintos en su provocación de movilizar otras ideas. En 1974 la editorial Domenech presentó su ensayo sobre la historia del ser vivo titulado *De lo inerte a la cuarta evolución*. Hacia 1979 fue editado *Físico-química de la historia, religión y familia* y, en 1987, *Teoría biológica del conocimiento*. Los tres libros fueron publicados en su ciudad de residencia, Denia.

En este aspecto de su producción literaria son esclarecedoras las palabras que el 29 de mayo de 1979 le remitió Francisco García Marquina referente a *Físico-química de la historia, religión y familia*: “Si tuviera que definir sintéticamente la impresión que me ha causado tu

libro (de cuya lectura aún no estoy totalmente recuperado), sería la de un deslumbramiento ante tu violento ingenio. Es un libro original, sugerente, abrumador, plural”.

En relación con su producción creativa, el prestigioso profesor Demetrio Sodi Pallares, de la Ciudad de México, remite una carta a Francisco el 29 de marzo de 1997, muy franca sobre ciertas divergencias planteadas entre ellos:

Ya están en mi poder las transparencias relacionadas con sus estudios anatómicos. Como usted ya sabe, los hallazgos me interesan mucho y los estudiaré con detenimiento. También recibí su interesante libro [*De lo inerte a la cuarta evolución*] en el que se discute el problema de la evolución. El enfoque de lo hasta ahora leído es muy interesante y desusado. Pienso terminar su lectura durante las vacaciones de Semana Santa y más tarde presentarle mis puntos de vista, pues, aunque sean contrarios en muchos respectos, la “interpretación de los contrarios” es siempre luminosa de acuerdo con el sentir heraclítico. Me doy cuenta de que en el enfoque científico pensamos de manera similar en lo que a los hechos se refiere; pero muy diferente en la interpretación conceptual: determinismo versus finalismo, leyes naturales por sí mismas gobernadoras versus leyes naturales sometidas a la trascendencia y a la inteligibilidad, modelos tomados como verdades versus modelos ligeramente aproximativos, etc. Podrá usted ver, mi querido amigo, que las diferencias son muchas; empero, como al leer su libro surge diáfana la sinceridad del hombre y del científico, me inclino con todo respeto ante ella y admiro la inteligencia que me permite pasar ratos tan interesantes y agradables.

También fue diseñador de barcos. Haber vivido a orillas del Mediterráneo incentivó seguramente la construcción de ellos ante la amplia

creatividad que tenía para todo lo que lo rodeaba. Un día parte de Denia con un barco de su construcción y unos cuantos amigos. Un temporal los deja varados e incommunicados, perdidos por dos días. “Nos sentíamos ya huérfanos”, finalizó relatando el episodio Paco Torrent, su hijo.



9

Francisco, un hombre
del Renacimiento

• • • • •

Francisco Torrent-Guasp cultivó la fascinación de la que hablaba Sócrates, quien decía: “El estado de ánimo del filósofo es el asombro”. Esta actitud lo llevaría al conocimiento. Aquí no se amparó en el positivismo, en el cual la finalidad del saber tornó a este en dogmático. Él era un hombre del Renacimiento nacido a destiempo, como lo catalogó Jane Somerville al conocerlo en Londres en 1970, cuando lo llamó “el Leonardo del siglo XX”. Por eso al conocimiento lo fue dotando de experiencia y sensibilidad. Tuvo veneración por lo que exploraba y duda por lo que encontraba. Esa alquimia, para pesquisar las verdades escondidas con asombros y dudas, era la buena herencia que nos legó Aristóteles. Y esta actitud que atesoró no fue una ráfaga, sino un planteamiento continuo para su mente indagatoria y sensible.

Hay una evidente necesidad de interpretar la obra de Francisco Torrent-Guasp también desde lo cotidiano, lo humano, lo existencial. En este aspecto el investigador no se exime de este contexto, sino que se sumerge en él. Su conocimiento no fue superficial ni complementario; nos acerca una visión esencial de la estructura del cuerpo humano, la que tiene que ver con las sensibilidades, lo espiritual y lo metafísico. La crónica de vida de Francisco se transforma en una motivación entregada al estudio del centro del ser, como es el corazón, palabra derivada del sánscrito *krid*. Esta primera palabra con que se denominó al corazón,

cuyo significado es “órgano saltarín”, estuvo bajo la influencia en gran medida de las creencias religiosas, supersticiosas y costumbristas.

No hay una meta final en la ciencia. De su esencia, inherente a la explicación, emergen los sucesos abiertos y receptivos a los cambios de paradigmas. Desde la pasión vulnera toda reflexión ocupada en armonizar con un mundo externo que gusta estabilizar la existencia y no asumir los riesgos de los cambios. Entonces suceden en el ser contradicciones sujetas al ánimo de comprender que la conciencia tiene percepción de la vida en un tiempo dado y finito. La interpretación de la obra se establece en una magnitud que ocupa más allá de su contorno y de su visión, para ahondar en la interpretación psicológica –íntima– de la estadía terrenal, a través del estado de ánimo. La ciencia es un proceso inacabado. Oscila entre la aceptación y el rechazo, pero es inagotable. Siempre es un paso previo. El mejor estigma de la vida humana. Su impronta más consumada y sincera, alejada de la frialdad de los prejuicios y los códigos sociales.

¿Qué hay detrás de una obra de conocimiento? Un subjetivismo pleno lleno de curiosidades y asombros. De laberintos donde el hombre recorre con sus estigmas el mundo que lo contempla. Avanza desde lo conocido hacia lo ignorado. Entiende que hay planos desde lo externo a través de lo subjetivo hacia lo íntimo. Este proceso avizorado por los ojos de los demás es la vigilia que el mundo ejerce sobre lo establecido como sistema. Francisco Torrent-Guasp rompe el equilibrio de lo formalizado. Asume la marginación de su “heterodoxia”, como interpretaba Pedro Zarco, con la visión diferente de la realidad. Pasión, angustia, y temor lo conducen al fin de la obra. Este proceso cuenta con una mecánica de intentar ir hacia lo bello, según el concepto de Immanuel Kant. El científico explica el mundo real. Y ese logro, en este aspecto de la estructura-función cardíaca, le corresponde a Francisco.

Frente al legado moral de su padre y la intemperie del destino se forja en Francisco Torrent-Guasp un hombre que sería un investigador que recuerda la búsqueda del conocimiento renacentista. Individual, callado,

esforzado; y, al decir de Juan Cosín-Aguilar, su leal amigo, un ser “libre, dueño de su tiempo y de sus ideas”, y agregaba: “Era culto, imaginativo, espontáneo, inconformista, contestatario, entusiasta, comprometido. Paco era un hombre auténtico y lo era todas las veces que lo encontrabas, entregado todo el tiempo a la lógica en el funcionamiento del corazón como bomba”.

Resulta un tanto paradójica la positiva influencia ejercida sobre Francisco de los hechos negativos que han incidido en su vida. Además de su temprana orfandad, del traspie en el examen del Estado al ingreso a la Facultad, de su huida de Estados Unidos, de la actitud desaprensiva o, lo que es peor, la cruel indiferencia con las que casi siempre fueron recibidos los resultados de sus trabajos científicos, ellos le provocaron una exaltada reacción que con perseverancia lo indujo a ahondar siempre más en la problemática planteada por sus investigaciones (imágenes 19 y 20). Él mismo lo explica:

Tal hecho me lleva a pensar que si me hubieran aplaudido prematuramente, celebrando los logros alcanzados al finalizar una cualquiera de las etapas que a lo largo de 45 años han jalonado mis aventuras por los campos de la cardiología, a buen seguro habría sobrevenido un relajamiento de mis costumbres. Se puede pues pensar, por los positivos efectos al parecer resultantes de las contrariedades incidentes sobre el investigador, que está justificada la despreocupación reinante en la sociedad, sobre todo en aquel científico de pueril mente que mediante el alcance de la solución de un determinado problema pretende medrar personalmente o incluso ayudar, casos se han dado, a sus semejantes.

Esta actitud de Francisco fue fundamental en ir recogiendo apóstoles para su investigación a medida que esta se explayaba a pesar de las dificultades que nunca cesaron. Fue recibiendo con el tiempo numerosos

apoyos de personalidades a pesar de la indiferencia tanto de círculos privilegiados de la ciencia como de algunos prestigiosos miembros de ellos.



19. Torrent-Guasp en un *workshop* sobre mecánica cardíaca.

El 4 de septiembre de 1978 el doctor Manuel Quero Jiménez le expresaba en una carta:

Leyendo el artículo “Pulmonary hemodynamics and right ventricular function in hypertension” en la revista *Circulation* (57, 1978: 1185) me he acordado mucho de tus ideas. Ha ocurrido particularmente, cuando afirma el autor que la hipertensión sistémica puede deteriorar la función de los dos ventrículos, sin



20. Material de investigación de Francisco en su laboratorio de Denia.

que sea necesariamente el deterioro de la función ventricular derecha consecutivo al deterioro de la función del ventrículo izquierdo [...] Sin embargo me ha dolido (no sorprendido) que no se te cite en las referencias bibliográficas, sobre todo tratándose los autores [italianos] del Mediterráneo como nosotros [...] Sé que estás por encima de estas cosas, pero yo no he querido dejar de comunicarte, por una parte, mi alegría de que se vaya acumulando evidencia clínica que de la razón a tus originales y básicos estudios y, por otra, mi tristeza de ver como unas gentes siguen ignorando a otras.

Incluso su labor estuvo cerca del premio Nobel, al que estuvo nominado. El 20 de septiembre de 1979, el Karolinska Institutet envió una misiva firmada por el secretario general del comité del premio Nobel de fisiología y medicina Jan Lindsten a Carlos Sánchez del Río, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas de Madrid, informándole que había recibido la propuesta de otorgar el mencionado premio a Francisco Torrent-Guasp. Había sido promovido por el archiduque de Austria

Andrés Salvador y por el conde Juan Podstatzky Liechtenstein con la anuencia de la reina Sofía. Por esa fecha se le concedió el premio Miguel Servet en Ginebra y pronunció una conferencia en la Universidad de Tokio. En 1996 la Sociedad Española de Cardiología, bajo la presidencia del profesor doctor Juan Cosín-Aguilar, le concedió la medalla de oro, restituyendo justicia a tan inmensa y silenciosa obra.

“Libre, dueño de su tiempo y de sus ideas”

Era un hombre comprometido con su lugar de nacimiento, sus costumbres y la solidaridad que propugnan los pueblos y las ciudades pequeñas, donde el tiempo suele estacionarse en la tolerancia y el respeto de sus gentes. Sin embargo, a pesar de nacer en un lugar tranquilo, ausente del jolgorio y movimiento de las grandes metrópolis, Francisco siempre estuvo lejos de la pasividad. Su pensamiento vulneraba toda ortodoxia. Fue un desobediente a lo que impone la tradición de los sistemas. En ese aspecto se constituyó en un ser independiente con el fin de explorar lo oculto del conocimiento. Como todo pionero, se forjó en soledad. Allí encontró su temple ante un mundo científico que suele ser competitivo, interesado y vanidoso, que poco tenía que ver con su arquitectura natal. Las características que alcanzó su labor, callada y ascética, le otorgan una transparencia romántica, una visión desinteresada de las condiciones que no tuviesen que ver con su devoción por la comprensión de esa máquina orgánica que es el corazón.

Su labor no tuvo lapsos. Solo en breves períodos se alejó de esta misión para entregárselos fundamentalmente a su familia. Es así como, no obstante su carácter forjado en el esfuerzo, a veces dejó que su obra se estacionara. Se alejaba de la investigación en un aparente desinterés, pero solo era un reposo para clarificar las ideas y ver resurgir la solución desde una lucidez que no cesaba, más allá de su ánimo. También debía consumir gran parte del tiempo y de sus energías para sostener a su familia, relegando la crea-

ción. En ese aspecto no desdeñó lo que podía aportar cada día a su labor en la investigación, logrando que esta fuese continua al inclinarse sobre su trabajo con la paciencia del orfebre. En esta actitud demostraba que no basta construir solo con talento, sino que es necesaria la perseverancia.

Esta característica romántica de vivir interesado solamente en la verdad del conocimiento no se reflejó en intolerancias hacia el entorno utilitario de la sociedad. Se condujo con una conducta respetuosa de las tradiciones y de las opiniones ajenas. Solía decir: “El antagonismo a mis ideas me fortalece en conseguir mejores detalles para corregirlas y defenderlas”.

Hay aún deuda en España y en el mundo con la obra de Francisco Torrent-Guasp. Su idea no ha impregnado todavía todos los ámbitos científicos, y en el estado actual la banda miocárdica se halla para la gran mayoría de los médicos en una situación intermedia entre la reflexión y la imposibilidad de ser reproducida con facilidad. De esto trata esta biografía y la consecución de su obra: de democratizar la estructura-función del corazón. En un tiempo con nula tecnología, Francisco utilizó la morfología y la introspección para avanzar con su teoría. Un exquisito pensamiento, aunado a esa vocación por la verdad del conocimiento en un carácter tenaz e ineludible, permitió que su modelo cardíaco se fuera constituyendo en un interés creciente. Actualmente se expande por numerosos centros científicos, ayudado por la tecnología actual en la comprobación de su originalidad y en lograr avances terapéuticos (imagen 21).

Aunque todavía hay un mundo científico que no adhiere a sus teorías de la banda única, hay numerosas evidencias que confirman que la deformación miocárdica, como la proponía el patólogo de Denia, puede medirse en forma no invasiva con técnicas como la ecocardiografía y la resonancia magnética con una muy buena correlación con mediciones sonomicrométricas. La disposición anatómica descrita por la teoría de la banda se ve apoyada ecocardiográficamente por la presencia de mayor deformación radial a nivel basal-medial del ventrículo izquierdo dado el predominio de fibras transversales, mientras que las fibras con disposición oblicua hacia el ápex son las responsables de una mayor deformación lon-

gitudinal y circunferencial con un neto predominio de la rotación apical. Además, varios centros de ingeniería biomédica desarrollaron modelos geométricos realísticos que hoy confirman muchos de sus hallazgos.



21. El laboratorio de Torrent en Denia aún es visita frecuente de cardiólogos. De derecha a izquierda: Jorge Lowenstein (Argentina), Antonio Salvador Sanz (cardiólogo de Francisco), Teresa, Agustín Mezquida Amorós (yerno de Francisco), Ildefonso Roldán Torres (Valencia), Vicente Mora Llabata (Madrid), Paco Torrent-Guasp (hijo).

Los conceptos de Torrent-Guasp sobre anatomía y función miocárdica con relación a la mecánica cardíaca tienen una importante aplicación clínica para el tratamiento médico y quirúrgico de la insuficiencia cardíaca. Es interesante destacar que fueron los cirujanos cardiovasculares contemporáneos a Torrent-Guasp los que más crédito le dieron a sus trabajos, porque al tener que reconstruir su estructura y función, comprendieron la importancia de aplicar sus novedosos conceptos. Ellos

fueron los primeros que vieron al corazón torsionándose en el pecho de sus pacientes y actuaron de acuerdo a lo que Torrent-Guasp había investigado.

Francisco Torrent-Guasp fue un español orgulloso de su patria y de sus intelectuales. Gran parte de su vida se asemeja a la de Santiago Ramón y Cajal (premio Nobel de medicina en 1906). La originalidad de las hipótesis y la fecundidad en el trabajo fueron las mismas; no así el tiempo prolongado que necesitó para la aceptación y reciprocidad del medio. Como Ramón y Cajal, Francisco se proyectó en un territorio yermo y apático para sus ideas. Desde ese ámbito poco proclive a las modificaciones y anclado en la comodidad científica del pasado, construyó su milagro imitando el *subir desde la nada* de Ernest Renan al referirse a la Antigua Grecia. Las circunstancias de su vida lo modelaron en la fortaleza que necesitaría para avanzar vulnerando lo establecido. La voluntad tuvo que ser máxima, si no sus ideas no hubiesen llegado a cristalizarse. En ese límite con la terquedad Francisco halló la defensa de una vida puesta a cambiar paradigmas que parecían invulnerables. Él, que quería ser labriego, halló en el corazón los surcos que lo apasionaban y donde pudo sembrar sin claudicaciones. El corazón fue su cultivo de promisión. Todo parecía revelado en la anatomía. Los recovecos se hallaban examinados desde hacía siglos. ¿Cómo pudo Francisco sobreponerse a esa situación? Su inteligencia lo llevó a la anatomía comparada, a la embriología y al estudio de las fibras, de la particularidad de cada haz muscular miocárdico, de su recorrido, de la situación espacial de sus fascículos y luego de la función. Persiguió con obstinación el inicio y el fin de la banda miocárdica, si no se hubiese vuelto incomprensible todo el andamiaje de la estructura y de la mecánica cardíaca. Fue internándose desde la periferia hasta la profundidad del corazón para hallar el origen y el fin de la banda, allí donde se retorció como se hace al “estrujar una toalla”, en palabras que repetía incansable su amigo, el gran cardiólogo Pedro Zarco. Al final consiguió llegar a considerar esos extremos yuxtapuestos, origen y fin de la banda miocárdica. Al encontrar al centro del pulso dejó su emoción, como lo

hace el labrador en cada semilla que abandona a sus espaldas. Ese era el secreto ansiado.

España no fue cálida con su tarea de investigación. No se incluye en esto a la cultura ni a la sociedad, pero sí a los círculos científicos. Cosechó durante muchos años indiferencia y negación. Omitido por extravagante, quizá como un investigador que demolía un sistema donde se asentaba la ancestral cardiología. El mismo Pedro Zarco en un editorial en la *Revista Española de Cardiología* asentaba: “Si lo de Torrent-Guasp es cierto, deberemos empezar de nuevo”.¹²

Aquí se vuelve a introducir el calificativo que le damos de hombre del Renacimiento. Cuando Francisco inició sus investigaciones el positivismo se había hecho dueño de la metodología. Michel Foucault y los posestructuralistas acentuarían que “el hombre ha muerto”. Lo que vendría después tendría que ser utilitario.

El conocimiento por sí mismo, esa curiosidad, pertenecía al carácter renacentista propio de Francisco, divorciado de la época en que le tocó vivir. España no lo entendió. Se quedó en la clásica noción de ver el corazón desde afuera, no penetrar su cosmos para observar una constelación de elementos que explicaban su eficiencia. Todavía no hay concepto de su obra, la que debe entenderse no solo por sus hallazgos, sino también por el legado moral de la investigación científica y el principio de razón suficiente con que la abrazó. Su actitud ante todas las desavenencias que causaba fue heroica. Un gladiador íntimo, paciente, sosegado. Nunca una mala disputa; siempre detrás del asombro y la duda que inspira toda investigación.

Más allá de las dificultades que aparecieron invariablemente en su vida y que, como él mismo expresó, cimentaron el esfuerzo para la prosecución de su tarea, detallaba:

12. Pedro Zarco, “The ventricular rapid filling phase: A muscle relaxation or contraction process?”, *Revista Española de Cardiología*, vol. 54, 2001, pp. 1031-1032.

Se debe reconocer que factores positivos han influido en mí favorablemente, promoviendo y ayudando a mantener aquella actitud de lucha ante los acontecimientos adversos; entre tales factores figuran la incomparable y enajenante sensación de superar un obstáculo hasta tal momento insalvable, la ilusión de asegurarse un porvenir, el vislumbre de poder satisfacer la vanidad personal que más o menos patente siempre late en toda persona, el irresistible atractivo ejercido por la bellísima simplicidad revelada por los recónditos arcanos de la naturaleza cuando son descubiertos.

Tenía la convicción de explorar lo ignoto, de provocar descubrimientos en donde todo parecía conocido. En esencia, nunca dejó de tener el espíritu de ese labrador que amaba. Lo sedujo la fecundidad de la tierra allá en Vall de Laguart. Lo logró en el corazón, donde, como con la luz, enseñó que este era corpúsculo y onda. Órgano y banda a la vez.

Se debe entender en este análisis de la obra de Francisco Torrent-Guasp el esfuerzo que lo poseyó para no claudicar. Y esta virtud hizo que sus hallazgos se fueran perfeccionando en forma continua al reinterrogar sus hallazgos de manera repetitiva. Recuerda este gesto al prestigioso cardiólogo argentino Pedro Cossio, quien volvía sobre los enfermos una y otra vez para reinterrogar los signos clínicos. Francisco lo hacía sobre sus especímenes anatómicos. Su obra no concluiría jamás porque su fin era la perfección. Amaba ese detalle que faltaba y que de pronto podía ser poseído gracias a su perseverancia.

Francisco se preguntó siempre por la explicación de las cosas. El saber se le transformó en una requisitoria perseverante. Sabía que el sendero científico representaba solo una aproximación a esa verdad incesante que batallaba en su reflexión. Avanzó sobre el porqué de la estructura anatómica del corazón. Esta anatomía que entrevió debía tener una finalidad que exploró luego de detallar la integridad de su banda y la conformación espacial. Para tal finalidad empleó la lógica de una anatomía que cumplía con una fisiología relacionada, con el

acortamiento-torsión en sístole y alargamiento-destorsión en fase de succión. Para llegar a esta situación de comprender el funcionamiento del corazón luego de una hegemonía de cuatro siglos, desde la publicación *De motu cordis* de Harvey, tuvo que cultivarse en soledad. Al decir de Condorcet: “Las medianías pueden educarse, pero los genios se educan por sí solos”. Como toda creatividad inmensa, la de Francisco fue la de un gran apasionado por la idea que constituyó su objetivo de vida. El método que empleó fue el analítico, minuciosidad en las investigaciones anatómicas que fue integrando en un armado de estructura-función. Se acostumbró a meditar en los inconvenientes que iba encontrando. Los fue venciendo con trabajo y atención.

Tuvo una gran virtud al administrar los pocos recursos que tenía con un gran aprovechamiento. Francisco acaudaló una serie de virtudes para este desarrollo. Como dice en el artículo *in memoriam* Juan Cosín-Aguilar: “Francisco fue libre, dueño de su tiempo y de sus ideas”.¹³ Y esta apreciación es absoluta y fiel, porque siempre ejerció independencia mental para llevar a cabo su trabajo. Este aspecto le valió el cariz positivo de colisionar con lo establecido por lo clásico y también tuvo su lado negativo al apartarlo de los círculos científicos.

Una gran aptitud fue su curiosidad que en distintos aspectos de su vida, como dijimos, le valió ser considerado un hombre del Renacimiento. Lo ejemplifica el episodio inicial en la búsqueda de un corazón solicitado por su maestro Olivares, el que pudo haber terminado simplemente en dicha obtención. Sin embargo, este acontecimiento en Salamanca fue el inicio de su perseverancia en la idea. Él mismo lo expresa: “*Tuve la vanidad necesaria para sentirme bien con cada paso que daba. Y eso me estimulaba*”.

Este es un perfil que se suele soslayar en aquellos que cumplen con su objetivo. Sin embargo, es equivalente en la conciencia al impulso

13. Juan Cosín-Aguilar, “Francisco Torrent-Guasp (1931-2005)”, *Revista Española de Cardiología*, vol. 58, 2005, pp. 759-760.

por sobrevivir que todo organismo tiene en su inconciencia, como lo defendía Arthur Schopenhauer en su texto *El mundo como voluntad y representación* (1819). En el libro *El juego de lo posible* el premio Nobel de medicina François Jacob expresaba esta idea con la frase “la humildad no conviene al sabio ni a las ideas que tiene que defender”.¹⁴ Esta suma de facultades, en palabras de Santiago Ramón y Cajal en su discurso de ingreso en la Academia de las Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en 1897 titulado “Reglas y consejos sobre investigación científica”, son para un investigador más valerosas que un “talento brillante pero irregular y desequilibrado”.

Francisco tuvo una mentalidad ambiciosa, necesaria para poder reemplazar viejos conceptos sobre el corazón. No fue devoto de sus predecesores, sino que tuvo una respetuosa claridad de juicio; por eso siempre alentó que su obra fuese discutida. Estar alejado de círculos científicos, de las universidades, le permitió no prestarse a los dogmas en la defensa del sistema de los hombres, de sus fueros, y luchar por las verdades. Ello lo llevó a defender, sin temor al despotismo, la originalidad científica que lo definía.

Su obra fue un auténtico empuje ante la falta de escrúpulos que muchas veces se dirimieron contra ella. Ante ello no dudó en ejercer una labor incesante para fundamentar la idea y al objeto de su estudio. Sin entrar en disputas estériles, tuvo el espíritu de la perseverancia, del trabajo, de su propia fiscalización y de la defensa científica ante la discusión. Tuvo la gran virtud de creer en su propia energía.

En esta conjunción del investigador de Denia no estuvo ausente el idealismo. El carácter artístico para el dibujo lo traía desde temprana edad. Esto lo llevó a recrear toda su obra y sus libros, incluso a ejercer su arte a un nivel de consideración crítica. Recordemos que su obra pictórica, por impulso de la Unesco, fue expuesta en París en 1992.

14. François Jacob, *El juego de lo posible*, Barcelona, Grijalbo, 1982.

Francisco Torrent-Guasp indagó en la evolución orgánica para lograr la necesaria conexión con el desarrollo circulatorio de los mamíferos adaptados a una vida terrestre. En ese aspecto la estructura estaba indisolublemente unida a la función regida por la naturaleza. Su investigación sobre la morfología transitó por todas las especies animales, asemejando a Galeno, el médico de Pérgamo, quien al no poder realizar autopsias para conformar la descripción anatómica del hombre se abocó al estudio de una gran diversidad de animales. La atmósfera inicial de dedicación a la investigación en Salamanca y la pasión artística que le impuso a su trabajo evidenciada por los dibujos, que iba realizando paralelo a sus hallazgos, le otorga a Francisco un halo místico y emocional, que serían la forja para las intuiciones que se fueron concretando con el tiempo de trabajo. En esa noche crucial de Salamanca, Francisco se encontró muy cerca de las palabras de René Descartes: “La vida semeja puro mecanismo. Los cuerpos vivientes son máquinas hidráulicas tan perfectas, que son capaces de reparar los desarreglos causados por el ímpetu del torrente que las mueve, y de producir, en virtud de la generación, otras máquinas hidráulicas semejantes”. Creo que en esa contemplación del corazón recién extraído a un cadáver el investigador de Denia tuvo la sensación de que al ser una bomba aspirante-impelente tenía un mecanismo que debía ser fiel a esa finalidad, lejos de las contradicciones que imponía la concepción clásica. Esta idea, fruto del hecho accidental de esa noche de 1953, tiene la impronta del inicio de los hallazgos científicos. La observación es la madre de la teoría. La casualidad lleva al recurso analítico. La historia del hombre debe a la circunstancia fortuita muchas de sus adquisiciones, pero esta chispa en el intelecto necesita que la mente que observa sea perseverante y reflexiva. Y esas eran características innatas de Francisco, bien evidenciadas cuando fue médico por un impulso que se sobrepuso a la adversidad en que se desarrollaron esos años de su adolescencia. No olvidemos que el azar juega a favor de quien le entrega el esfuerzo. La ciencia está llena de estos hechos como para que el materialismo actual quiera obviarlos. Louis Pasteur y las vacunas, Carl Scheele con el cloro,

Claude Bernard con la acción glucogénica del hígado, Wilhelm Röntgen (rayos X), Antonine Becquerel y el matrimonio Curie (radiactividad) son algunos ejemplos que no deben interpretarse como externos a la necesidad de reglas y esfuerzos en la investigación. Francisco se nutrió de todos los fundamentos doctrinales para hacer de esa medianoche en Salamanca su objetivo esencial de vida. Atesoró para experimentar una dinámica creativa basada en la intuición estética.

Tuvo a la par que una imaginación creadora e inquieta la virtud del trabajo continuo en el laboratorio. Además, siempre sometió sus hallazgos a la discusión, la cual le permitió avanzar en el juego de la posibilidad que esgrimía. En ningún momento temió a los sistemas que parecían incontrovertibles. Combatió este riesgo con hechos, tomando las enseñanzas de Justus von Liebig: “No hagas hipótesis. Ellas te acarrearán la enemistad de los sabios. Preocúpate de aportar hechos nuevos. Los hechos son los únicos méritos no regateados por nadie, hablan alto en nuestro fervor, pueden ser comprobados por todos los hombres inteligentes, nos crean amigos e imponen la atención y el respeto de los adversarios”. Y Francisco siempre tuvo esa tendencia de demostrar las ideas con hechos concretos. Esto no quiere decir que no contó con hipótesis como interrogación, pero siempre fueron el inicio de sus teorías. No se quedó en ese idealismo. Avanzó con las demostraciones. La mejor prueba es recorrer su laboratorio en su casa de Denia donde dibujos, maquetas, cuerdas, piezas anatómicas abundan por todos los rincones. Nunca perdió la realidad de los fenómenos que iba investigando. Y esa es la principal defensa que tuvo en la estructura-función del corazón que interpretó, mucho antes de que los procedimientos tecnológicos actuales –como la ecografía, la tomografía y la resonancia– pudiesen, por inexistentes o en estado embrionario, corroborar sus ideas. “Dadme un hecho y me postraré ante él”, lo graficaba con exactitud Thomas Carlyle.

Francisco Torrent-Guasp estaba imbuido del sacrificio al que lo condujo la intuición de abrir ese corazón anónimo en Salamanca perteneciente a un ser que había latido alguna vez y que lo había hecho ingresar en su

misterio. Allí se constituyó en un investigador temerario, heterodoxo, tenaz. Se opuso a una cardiología cimentada en una estructura con cuatro siglos de antigüedad. Toda su vida se constituyó en un desarrollo de conceptos que revolucionaría posturas clásicas de un conocimiento cardíaco que se mantenía inexpugnable. Sufrió el desinterés y el aislamiento; sin embargo, sus publicaciones nunca dejaron de llevar el pie “Denia, España” debajo de su firma. Revolucionó la anatomía y la función cardíaca sin pertenecer a un laboratorio institucional, exento de apoyo, en soledad. Estas características fueron la cruz que lo aisló, pero también se constituyeron en su fortaleza porque evitó que no se perdiese la pureza del conocimiento ante un mundo positivista, totalitario que se adentraba en las palabras proféticas de Friedrich Nietzsche: “El más incómodo de los huéspedes ya está en las puertas... el nihilismo ya está aquí”. Defendió su idea y la potestad de ella con una inteligencia no exenta de ingenuidad y perseverancia, lo que le permitió sortear tanta indiferencia. Diría en 2002: *“Estuve veinticinco años disecando corazones y otros veinticinco me ha llevado precisar cómo esta estructura puede explicar su funcionamiento”*, y agregaba: *“Todavía no sabemos realmente cómo tiene lugar el estímulo eléctrico en el corazón, la conducción tradicional no es la real”*.

El catedrático Manel Ballester relata este acontecer de Francisco: “Era demasiado adelantado para su tiempo. Rompió todos los moldes. Era un genio, una de las personas más brillantes que ha tenido España”. Francisco se constituyó en un hombre renacentista, en quien el conocimiento tenía la pureza de una gema por sí mismo. Tuvo que convivir con este mundo utilitario, de inmediatez y fugacidad, donde todo tiene que durar un soplo de tiempo y dejar intereses, antes de que el hombre se dé cuenta de que es un medio del racionalismo que esconde a los instintos humanos más primitivos.

Solo en los últimos años comunidades científicas internacionales prestaron interés y difundieron sus conocimientos a través de *workshops*, reuniones específicas como las del National Institute of Health de Maryland y la American Association of Thoracic Surgeons (ATATS), y publicaciones

como *Circulation* y *European Journal of Cardiothoracic Surgery*. El hecho de encontrarse sus colegas con los conceptos enseñados por Francisco, en el análisis de la estructura y función del corazón, motivó conocer sus publicaciones restantes. Esto sucedió invariablemente con figuras importantes de la cardiología, entre otros con Donald Ross, Gerhard Brecher, William Hamilton, James L. Cox, M. Gharib, Ake Senning. Este último, en una carta datada en Zúrich el 13 de abril de 1970, le solicita a Francisco el libro *Valvular Dynamics*: “It would be very much appreciated if you would kindly let me copies of other works which you ever made on this section” (“Le agradecería mucho si usted amablemente me dejara copias de otras obras que hizo, siempre en esta especialidad”).

En 2001 sucedió un hecho de importancia para su labor. Fue visitado en Denia por una figura prestigiosa en el campo de la cardiología, Gerard Buckberg. Fruto de este encuentro fue la aparición de un número monográfico sobre sus trabajos en la revista oficial de la ATATS, *Seminars in Thoracic and Cardiovascular Surgery* (octubre de 2001). En forma sorpresiva para el incauto lector, el nombre de Buckberg aparece primero entre varios autores. Dicha circunstancia no pasó inadvertida para la familia Torrent, pero Francisco toleró esta falta de consideración en virtud de que una publicación de ese tenor en Estados Unidos era una fecunda simiente para sus ideas y quizá una situación que saldaba la huida de ese país que había decidido en 1959. El prefacio de ese número fue escrito por James L. Cox, presidente de la Fundación Mundial del Corazón, en el cual hace referencia a la trascendencia de los nuevos aportes de esos trabajos.

Muchos se acercaron a su genialidad. Entre ellos Donald Ross, James L. Cox, Gerald D. Buckberg, John P. Boineau, Mladen Kocika, Constantine L. Athanasuleas, H. Cecil Coghlan, Carmine Clemente, Ake Senning. Francisco compartía con ellos, en su misma casa de Denia, prolongados encuentros en el extenso y arbolado jardín. Lo recuerda Kocika:

Abría las puertas de su estudio con su pequeño laboratorio tanto al eminente científico como a estudiantes de todo el mundo.

En la mesa de su patio discutían sobre el corazón autoridades científicas, doctores y estudiantes. Nos sentíamos Alicia en el país de las maravillas, escuchándole.

El carácter docente de Francisco desde su época de alumno de Medicina fue un rasgo que mantuvo durante toda su vida. Un escrito hallado en el archivo en su laboratorio lo evidencia con certeza. Está fechado en diciembre de 1994 y es una contestación a una pregunta sobre la juventud –según menciona– que le hace Agustín Mezquida, uno de sus yernos:

Todo joven forja, generalmente desde los quince a los veinticinco años, una ideología que es la rectora del desarrollo de su vida. Así, hay quien idealiza formar una familia, dejando para un segundo plano de su interés el tipo de actividad a desarrollar en la sociedad. Otros, sin embargo, idealizan en primer lugar otros objetivos, como los que son propios del sacerdocio, la ciencia, la política, las finanzas, el comercio, la literatura, la pintura, la música, etc., dedicando todo su empeño a sobresalir en el campo elegido.

Resulta curioso que, como si se tratara de una moda del atuendo femenino, en cada época y en cada nación ha prevalecido una distinta ideología a aquellos respectos. Así ha habido tiempos en los cuales en determinados lugares la mayoría de los jóvenes han soñado en ser militantes, otras veces poetas –en Europa durante el Romanticismo–, religiosos, científicos, etcétera.

Se desprende de todo ello que la posibilidad de captar la juventud, de la mayoría regida por la ideología de moda, estriba en ofrecer a la misma aquello en la cual está interesada, es decir, aquello que está en consonancia con la ideología prevalente de la época considerada. Es evidente que un joven empeñado en montar y dirigir una empresa comercial no podrá ser captado invitándole a desarrollar poesía sino hablándole y ofreciéndole

alcanzar los conocimientos convenientes para el óptimo desarrollo empresarial.

Pero de los millones de jóvenes que en cada época han dedicado sus esfuerzos a sobresalir en su actividad, la dictada por la ideología adoptada, pocos han sido los que han alcanzado la meta –de los que durante el Romanticismo se dedicaron a la poesía, ¿cuántos llegaron a ser conocidos?–. La mayoría han tenido que abandonar sus ideales y dedicarse a más prosaicas ocupaciones para poder sobrevivir. La imagen del fracasado, del individuo frustrado, ha pasado a ser, de este modo, algo consustancial con nuestra actual sociedad.

Y parece ser que en la época actual la juventud, consciente de aquella profusión de fracasos, ha abandonado el campo, es decir, nuestros jóvenes, hastiados y desengañados al comprobar la inutilidad de seguir cualquiera de aquellas ideologías, han quedado abocados, como consecuencia de su vacuidad de ideales, a una inoperante actitud. Tal es la llamada “generación X”.

Poco, pues, puede ser esperado de los actuales intentos de captación, mediante los actuales medios de comunicación audiovisuales, de la juventud. Para ello sería requisito indispensable ofrecer primero una nueva ideología capaz de atraer y entusiasmar a los jóvenes.



EPÍLOGO

El explorador del corazón

• • • • •

Tuve la percepción de que Francisco bajaba desde el attillo con su risa franca y los ojos aquietados en el pensamiento. Intemporal, estaba más allá de lo infinito y de lo finito, del principio y del fin. Y esto era posible porque su convicción lo había hecho trascendente. Eterno. Podía atesorar todos los hechos de su vida en una mirada porque nunca renunció a ninguno. Los asumió a todos con decisiones que no fueron guiadas con el fin de conseguir ventajas materiales. Sus logros científicos fueron la persecución de la realidad y pasó por la investigación con la adscripción al valor ético. En cada ciudad por donde discurrió permanece inveterado en la memoria de la gente, el legado más difícil de obtener por los hombres, porque es el que parte del corazón, del afecto, de la añoranza.

Percibí que Francisco cruzaba la distancia. Iba más allá del tiempo, con esa sensación que al no detenerse era inmune a *khronos*. Similar a un vigía del cosmos, se eternizaba en la visión de los habitantes y sus cosas. La perpetuidad en el movimiento que llevaba envejecía a las circunstancias que parecían desdibujarse en el ínfimo instante del paso. El cielo tornasolaba su cúpula con pinceladas bruscas de índigo y ocre agrupadas en el comienzo del poniente de la tarde; reclinadas sobre la lonja de tierra que se veía cansada por el ajetreo del hombre, por sus luchas y designios. También regada por el salitre del esfuerzo que él había vertido. Había nacido para cambiar estas cosas del corazón.

Cada investigación, sobre todo cuando rompe con siglos de obediencia al sistema, es un conflicto entre el científico y su medio. Entre lo externo, continuo y convencional, que establece la conducta social y el sufrimiento temporal del investigador. La perseverancia es el puente entre la pasión por la idea y el rechazo al orden establecido. Se retroalimenta de su mismo esfuerzo. Se transforma en una forja que modela la misma emoción que lo contiene, sin poder alejarse de ella.

Francisco Torrent-Guasp hizo un esfuerzo desmedido por la idea y luego por superar la crítica que produjo su talento. La obra terminada cura. Esto lo percibe el investigador. Es un desafío superar el sufrimiento de la obra porque deben traspasarse los miedos, los códigos, las cárceles de la sociedad que no reconstruye el momento creativo sino que lo distancia, lo oculta, lo olvida. Francisco fue un desobediente sublime a través de su sacrificio en pos de la pasión que destila el corazón, del que construyó un nuevo punto de partida en la comprensión anátomo-funcional. Tuvo un esforzado talento en un contexto histórico científico poco proclive a los cambios. La libertad de su subconsciente fue una respuesta en contra de los dogmas a que se somete la razón instaurada. Nunca ingresó en la automatización que ha hecho la sociedad en el devenir. Francisco se constituyó en un fiel representante de los hombres que siempre han construido conocimiento por encima de todas sus dificultades para poder hallar el sentido a la existencia.

Enfervoriza la incompreensión de lo acontecido con el conocimiento desarrollado por Francisco Torrent-Guasp, el hombre que amó lo estoico del esfuerzo, la observación de la naturaleza y el escepticismo en las conquistas efímeras, fútiles. No albergó deseos de éxito ni se refugió en los intereses intranscendentes, apenas husmeó en la existencia humana imaginada. Se transformó en el artista capaz de poder pintar realidades en las sombras, las que atestiguan figuras análogas a un sonido desgarrado en una cuerda, hendiendo el aire para producir el grito.

Francisco amó lo sublime de la tarea infinita. Se propulsó en días frenéticos de investigación, en oposición al dogma establecido y a la

incredulidad que destila el temor al cambio. Hoy la vida parece darle un sosiego con la explicación lograda a su primigenia teoría.¹⁵

Y en esta necesidad de comprensión, la crónica de Francisco Torrent-Guasp se vuelve semejante a la que sucede en nuestros días hasta mimetizarnos con su propio protagonismo, el que buscaba la realidad de las cosas sin encandilarse por lo incierto del éxito y dotado de una autocrítica que le evitó la celebridad que le correspondía. Nos guía ese resplandor reflexivo que emanaba su sabiduría. Percibimos que ingresa a nuestras conciencias desde las alturas, similar a un pájaro que contempla el conocimiento que engendró, diluyendo las tinieblas.

Regresé contemplando las callecitas boscosas de Denia que rodean la casa de Francisco, el explorador del corazón. El sol se derramaba íntegro sin proyectar ninguna sombra. Se había estacionado en el exacto punto en que se junta la emoción con la ausencia, la elevación con la nostalgia. El ejercicio de admiración a la obra de Francisco Torrent-Guasp estaba cumplido.

15. Ver Jorge C. Trainini, Benjamín Elencwajg, Néstor López-Cabanillas, Jesús Herberos, Noemí Lago, Jorge A. Lowenstein y Alejandro Trainini, *Fundamentos de la nueva mecánica cardíaca: la bomba de succión*, Buenos Aires, Lumen, 2015.